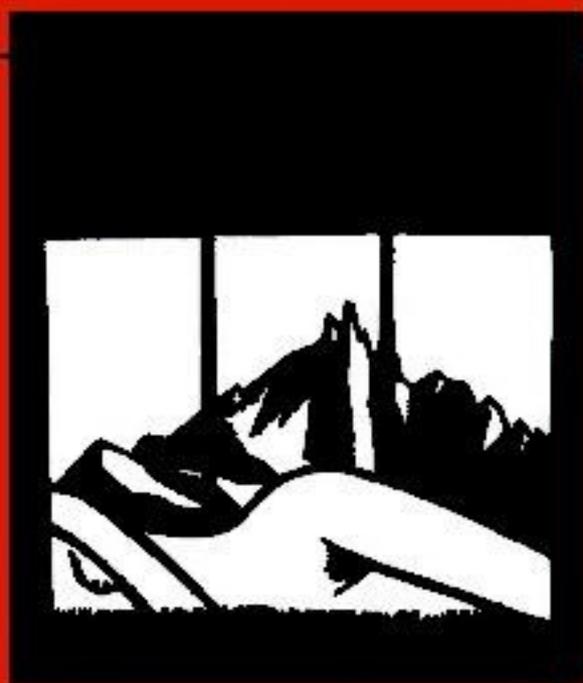


**Pierre Charmoz**

# **Cima y castigo**

**Aventuras eróticas de Carole de Colombin  
en los Alpes**



**Lectulandia**

Carole de Colombin es una famosísima escaladora de Chamonix, cuyos encantos físicos están a la altura de sus logros deportivos. Pero la vida de la bella joven se ve de repente sacudida por la misteriosa y violenta muerte de su padre, también notable montañero, quien ante la espantada mirada de Carole se precipita cabeza abajo desde la cumbre de la Aiguille du Midi. Según la policía se trata de un suicidio, pero Carole no se muestra convencida. Junto con Pierre Charmoz, un fogoso montañero en paro y una amiga escaladora muy sexy llamada Catherine d'Hivervel, seguirán la tortuosa pista que los llevará a conocer, además de toda la verdad sobre una peligrosa banda de mafiosos, la extensa gama de placeres sensuales que la naturaleza ofrece a un trío tan bien avenido.

**Lectulandia**

Pierre Charmoz

# **Cima y castigo**

**Aventuras eróticas de Carole de Colombin en los Alpes**

ePub r1.0

Titivillus 05.03.16

Título original: *Cime et châtiment*  
Pierre Charmoz, 1982  
Traducción: Héctor del Campo  
Corrección: Raquel Martín Valtierra  
Ilustraciones: Michel Guérard

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## Prólogo necesario para la comprensión del libro

La primera edición de *Cima y castigo* fecha del año 1982. Por mediación de Georges Louprier, acababa de conocer al responsable de la colección «La Brigandine», publicada por la editorial Henri Veyrier. Esta simpática colección de «literatura de estación» proponía, junto a los clásicos del género, algunas pequeñas joyas poco convencionales capaces de mezclar con éxito pastiche literario y erotismo —a los fisgoneos con suerte les recomiendo especialmente *L'Éducation gentiment sale* y *La vie secrète d'Eugénie Grandet*—.

Les propuse el manuscrito de *La montagne à seins nus*, redactado durante el verano de 1981. El responsable de la colección lo juzgó demasiado «fuera de norma» aunque, intrigado por su estilo, me sugirió redactar un texto que se identificara mejor con su público... Así nació *Cima y castigo*, una novela cuya publicación hubiera pasado desapercibida entre el público montañoso —su método de difusión no alcanzaba las librerías tradicionales—, si un amigo de la redacción de *Alpinisme et Randonnée* no hubiera activado el molinete de un quiosco tras descubrir, en unas nalgas ceñidas en un arnés que ilustraban la portada, un caramelo acidulado que sumergiría los Alpes profundos en un duradero desconcierto.

El libro recibió los honores de la prensa aunque, por el propio mecanismo utilizado para su difusión, se convirtió en un ejemplar imposible de encontrar. El editor recibió un alud de cartas y los ejemplares disponibles se agotaron rápidamente.

Para esta nueva edición retoqué el texto —y cambié el nombre de uno de los personajes— conservando el tono de origen y sus excesos metafóricos.

Como exige la costumbre, aviso a los lectores de que no se ha maltratado a ningún alpinista durante la redacción de este libro y que cualquier parecido con personas reales, contemporáneas o no, sería el resultado de un monumental capricho del azar.

PIERRE CHARMOZ

## I

La montaña es mortífera, por lo que dicen los periódicos. Pero no es ninguna razón para tirarse de cabeza al vacío, como hizo ese buen padre de familia ante nuestra atónita mirada: en un segundo desaparecieron botas *Pataugas*, pantalones cortos, bastón de hierro, gafas de sol y cámara de fotos. El gorro de lana, estampillado con las palabras «Recuerdo de Chamonix», planeó un instante entre las chovas, acudidas a toda prisa para el encarne.

Ocurrió en una bella tarde, un 15 de agosto. Los curiosos se apiñaron contra la barandilla de seguridad de la plataforma de llegada del teleférico que el valiente turista acaba de saltar.

—¡Es horrible!

—¡Deténganle!

—¡Y dale con la publicidad!

Los gritos de horror lanzados en busca del pobre hombre no tuvieron ningún efecto serio sobre su trayectoria. Yo esperaba el *splash* final acodado sobre la barandilla, como los demás, a varios centenares de metros por debajo de la cara sur de la aguja del Midi (3842 metros). El cuerpo no terminaba de dar vueltas y de rebotar contra la pared. Por fin se detuvo, dislocado. Entonces me di cuenta de que una mano se agarraba a la mía desde hacía unos instantes; me apretó. Giré rápidamente la cabeza; a mi lado se encontraba una mujer joven, con su cuerpo apoyado contra el mío, y los ojos desorbitados por el horror.

—¡Es espantoso! —murmuró.

Un dulce aroma a edelweiss y a vainilla planeaba alrededor de mi nariz, mientras con mi muslo apreciaba el prieto contacto de sus piernas bajo el fino vestido veraniego. Acaso hay que precisarlo, ¡era bellísima! La presión de su mano se fue relajando hasta convertirse en una suave caricia. Me miró fijamente, perdida, con sus ojos tan azules, en los que brillaban algunas estrellas doradas...

—Le pido disculpas... estoy conmovida.

—Lo entiendo perfectamente. ¡Resulta tan inesperado! ¡Es la primera vez que veo algo así en quince años de montaña!

Se giró rápido hacia el andén del teleférico. Una silueta poco afable apareció bruscamente. Su mano, que aún permanecía sobre la mía, apretó con más fuerza aún.

—¡Volvamos para abajo!

La hubiera seguido gustosamente por el *Linceul* de las Grandes Jorasses, pero ella se conformó con el teleférico.

Los gritos se calmaron lentamente, la confusión se diluyó; mucha gente se precipitó tras nosotros hacia la vagoneta para gozar de una mejor vista sobre el accidente. A nuestro alrededor, la montaña ardía divinamente, con su granito rojizo diseminado por las inmensas llanuras heladas, resplandecientes. Un paisaje por completo insensible al drama humano que acababa de acontecer: ¡y es que no era éste

el primero que presenciaba!

En el vagón, pegados el uno al otro, podía sentir el cuerpo tembloroso de mi desconocida compañera, arrimado a mí de tal manera que parecía querer diluirse en el mío. Su mano era suave y estaba caliente.

Un magnífico pelo rubio, ligeramente enmarañado por el viento, enmarcaba un rostro muy joven, regular, y con unos rasgos muy marcados. Su nariz se estremecía como la de un pequeño animal amedrentado. Su boca, de labios algo carnosos, un poco entreabiertos por el jadeo de su respiración, se encontraba a escasos centímetros de la mía. Impulsivamente la besé. Se abrió despacio bajo mi lengua, mientras la suya golpeaba con timidez mis dientes. Se arrimó aún más a mí y, bajo su vestido diáfano, las puntas endurecidas de sus pechos se aplastaron contra mi chaqueta de escalada.

—Te lo pido por favor —murmuró. Derramó algunas lágrimas; se puso a temblar—. No me dejes sola, estoy desamparada...

—Es el *shock* nervioso, ¡ya se te pasará!

Trataba de reconfortarla; colocó la cabeza sobre mi hombro, rozando la hombrera de la mochila con su pequeña y húmeda nariz.

La cabina se deslizaba por la pared como un copo de nieve. Nadie parecía estar de humor para soltar las típicas bromas sobre el mal estado de los cables del teleférico. El silencio, agobiante, amenazaba seriamente la seguridad de la navecilla.

Llegamos a la altura del cuerpo, o al menos de lo que quedaba de él.

—¡Ya ha llegado el equipo de rescate! —exclamó alguien. Mi bella desconocida levantó la cabeza; el terror, o la tristeza, agrandó sus ojos.

—¡Ellos otra vez! —susurró.

Podíamos ver a dos hombres ceñidos en el traje anónimo, y un tanto de mal gusto, de los alpinistas modernos.

Se apresuraron extraordinariamente en torno a este montón desparramado que, hasta hacía bien poco, había sido un turista en *Pataugas*.

—Los reconozco —bromeó alguno—, son los asistentes del doctor Frankenstein: ¡vendrá a recoger los trozos!

Nadie le siguió la corriente.

El final del recorrido transcurrió en medio de un creciente silencio, creciente como sólo ocurre con aquellos silencios ya de por sí agobiantes. El vagón se introdujo sin sobresaltos en su receptáculo, y los turistas se precipitaron hacia fuera, tan contentos de ser los primeros en contar el accidente.

—Tengo el coche en el aparcamiento. Te llevo.

Ni siquiera fue un ruego. Sólo podía obedecer a esta deliciosa joven, tan deseable como una limonada bien fresca en plena Mer de Glace.

—Me llamo Pierre —dije tomando una pose tipo «escalador-cansado-de-regreso-de-una-larga-ascensión-y-con-una-barba-de-tres-días».

—Yo soy Carole —dijo a la vez que sus labios esbozaban una sonrisa, aunque ésta desapareció bruscamente—. ¡Ven rápido!

Apenas tuve tiempo de avistar un rostro patibulario colándose entre los coches; nos miraba con su aire más malvado, Carole arrancó en tromba, hizo chirriar los neumáticos, y se dirigió hacia la carretera de circunvalación, en dirección a Sallanches.

—Vivo en un pequeño chalet situado por encima de los Bossons, cerca de los remontes... Por cierto, no me has dicho qué hacías en la cima de la aguja del Midi...

—Fui a hacer un reconocimiento de la cara sur... para abrir una nueva vía.

—¿Eres uno de esos jóvenes radicales que nada temen?

—¡No! Al menos en lo que a escalada se refiere...

La mirada que intercambiamos inmediatamente estaba cargada de segundas. Enseguida divisamos el *Petit Chalet*.

Tal era el nombre del lujoso chalet de Carole, cuyos alrededores rústicos disimulaban —malamente— las suntuosas instalaciones.

Carole aparcó su golf a la entrada del sótano y rodeamos la casa, bordeando una piscina y un césped impecables, para entrar por la puerta trasera. Esto será un cambio después de mi canadiense monoplaza, pensé.

—Tu casa es muy acogedora —dije en voz alta— ¡y no es ningún prefabricado!

Golpeé discretamente los zócalos de piedra de sillería que realzaban unas paredes de rollizos macizos.

Franqueada la puerta, penetramos en uno de esos lugares en los que los alpinistas mugrientos se sienten un poco fuera de lugar. Carole me cogió de la mano.

—¡Ven!

Su voz era ronca. Sus caderas se contoneaban como el cable del funicular. Me empujó hacia un cuarto con pocos muebles, tapizado con una moqueta arrebatada a unas inocentes ovejas. Carole se quitó el vestido bajo la luz oblicua de un final de tarde. Estaba desnuda, bronceada. Se acercó a mí, su vientre liso, y sus pequeños pechos de puntas provocativas que apuntaban al cielo.

—¡Rápido! —gimió acariciando sus globos elásticos y firmes, mientras estremecía su cuerpo que, como un cable, estaba tenso al extremo.

Para evitar una trágica ruptura, me abalancé sobre ella y empecé a comerla ávidamente.

—¡Querido!

—¿Sí?

—¡Quítate la mochila!

—¡Huy! ¡Perdón!

Me deshice rápidamente de mis pertrechos; me sentía cada vez menos ridículo, al tiempo que esparcía a mi alrededor la chaqueta, la camisa y la camiseta de escalada, el pantalón, los calcetines, las botas de escalada y el calzoncillo corriente.

Amigos míos, ¡menuda aventura! Me precipité sobre Carole, que se retorció sobre la lana, mientras introducía de forma espasmódica un dedo entre sus muslos, cuyos marcados músculos saturaban la piel.

Apartó su mano, separó los muslos, impúdica, y empezó a delirar:

—¡Introduce tu clavo en mi fisura! ¡Clava! ¡Dale! ¡Dale! ¡Un poco de nervio, tiene que oírse! ¡Ten cuidado, no te vayas a despeñar!

Sus músculos vaginales absorbían mi miembro a un ritmo de locura: jamás había trepado tan deprisa a la cima del vértigo amoroso. Mis manos desgarraban el aire a la sombra de su cuerpo, dibujando espectros de bruma en torno a los límites que marcaban sus pechos... ¡Y ese enloquecedor perfume de vainilla y edelweiss!

Carole, por su parte, se retorció con furia, clavando sus cuidadas uñas en mis peludas nalgas y haciéndolas chirriar a lo largo de mis vértebras, mientras miles de arañas me comiscaban la nuca.

—¡Fóllame! —murmuró.

Levantó bien alto sus nalgas y clavó su lengua en el fondo de mi boca. Me deslicé lentamente, atrapé un pecho, excité uno de sus pezones henchidos durante un instante, le lamí el vientre, los labios escarlata, y luego me introduje de golpe en el centro antifísico y tan simpático de esta insaciable jovencita.

Un tigre se conmovió a lo lejos. Algunas ovejas parieron antes de tiempo, así como un grupo más restringido de inquilinas.

Carole se sobresaltaba, caracoleaba sobre los despojos de los difuntos ovinos, arrancaba matas enteras de moqueta con las que me atiborraba la boca; me trataba de cabrón, de obseso de la lítote, de ser confuso, me picoteaba la espalda dándome golpecitos con las uñas, agitaba los pies —¡encantadores!— bajo la araña *modern style*.

En definitiva, se entregaba con pies y puños a su éxtasis amoroso.

—¡No te menees tanto, bello rebeco! ¡Espera! ¡Te voy a domesticar!

Su ano se contraía vigorosamente a lo largo de mi verga; uno de mis dedos frotaba su clítoris congestionado.

—¡Ah! ¡Mete! —gritaba—. ¡Mete! ¡Mete! ¡Mete!

Parecía una cuerda de rápel deslizándose por la pared.

—¡Lo quiero por todas partes!... ¡Ah! ¡Qué bien te siento!

El placer galopaba entre nosotros a la velocidad de un expreso persiguiendo a una avalancha. Descargamos al mismo tiempo, crispados por un largo espasmo, como si acabáramos de pasar cincuenta años bajo la Mer de Glace.

—¡Ah, menuda baba! —exclamó la inagotable ninfa—. ¡Menuda lava! ¡Menuda fusión! ¡Menuda profusión! ¡Más! ¡Más! ¡Veneno! ¡Veneno! ¡Más veneno!

Estaba claro, Carole tenía el orgasmo hablador.

Nuestros retozos se prolongaron hasta bien entrada la noche, a veces tiernos y de una lentitud infinita; a menudo desmesurados.

Finalmente, jadeando, nos tumbamos cerca el uno del otro sobre la moqueta, sus rizos rubios enmarañados en mi pelambreira morena, y nuestros dedos, entrecruzados aún, pasando de un sexo al otro.

Incorporado a medias sobre un codo, pude admirar por vez primera el paisaje que

un amplio ventanal que llegaba hasta el suelo permitía contemplar a placer.

Los últimos rayos de sol acababan de encender las grandes paredes de los Drus, elevando su kilómetro de piedra hacia la noche naciente, mientras la bóveda de la aguja Verte brillaba con ese resplandor casi mate que distingue la verdadera joya del oropel. Me perdí un instante en ese mundo de agujas erizadas, salvajes y a menudo mortíferas.

—Dime —pregunté lentamente—, ¿conocías al tipo que se tiró al vacío?

—¡Era mi padre!

Sus ojos se velaron.



## II

Introduje con nerviosismo la mano en una bombonera de nácar. Carole se llevó un cigarrillo a los labios; el mechero chasqueó; el caramelo crujió entre mis dientes. Carole me sumió en una nube de humo.

Tras un momento de silencio, interrumpido por el goteo de lágrimas sobre la moqueta, Carole prosiguió:

—Mi padre se llamaba Antoine de Colombin... Así que ella era la famosa Carole de Colombin, ¡la mujer alpinista que llena las páginas de actualidad gracias a sus hazañas en todos los terrenos! ¿Cómo no fui capaz reconocerla, allí en la cima de la aguja del Midi? Por su disfraz de «turista», sin duda.

—Es un apellido reputado en los círculos alpinos —interrumpí enérgicamente, mientras trataba de sacarme un trozo de caramelo viciosamente atascado en una caries.

—Sí, mi padre era un notable montañero.

—¡Y no solamente él, si nos atenemos a los rumores!

Esbozó una mueca de displicencia como una niña mimada que acaba de ser sorprendida con el dedo en el tarro de mermelada de naranja.

—Pero proseguí, ¿por qué llevaba puesto ese ridículo atavío? Confieso que no le reconocí con ese disfraz de dominguero.

Con la cabeza inclinada sobre sus pechos, Carole dibujaba círculos de humo que flotaban hasta envolverle las puntas. Se estremeció, como al contacto de una insidiosa caricia.

—Es una larga historia... No sé si contártela... Confío en ti, pero esto puede conducirte a una aventura de alto riesgo.

—Si termina como lo de esta noche... —dije con una amplia sonrisa.

—No bromeo. Pareces bien informado sobre mí y has podido comprobar en persona la medida exacta de mis capacidades; así que no me avergüenzo al decirlo: ¡tengo miedo! ¡Me muero de miedo!

Carole se tiró a mí sollozando, me abrazó y perforó violentamente mi boca con su lengua.

—¡Entiendes, tengo tantas ganas de vivir! ¡De agarrarme a la vida como me agarro a un piolet, de extraerle todo su jugo, hasta el agotamiento!

Mientras hablaba, apretaba mi miembro emotivamente. Éste retomaba felices dimensiones.

Aprisioné uno de sus pechos con una mano, aprecié su curva y su suavidad, rozando por distracción su endurecida punta.

Olía a nicotina; sin embargo, le devolví saliva por saliva, y regresamos a nuestros juegos.

De vuelta a la calma, retomó el hilo de su historia, su cabeza apoyada sobre mi sexo que manoseaba con negligencia, como si fuera un mosquetón:

—Además de las aventuras alpinas que le hicieron famoso, mi padre dirigía un laboratorio de investigación, en el campo de la electrónica. Ésa era la parte honorable de su actividad. A escondidas, hacía sus trapicheos; su profesión le obligaba a realizar frecuentes viajes al extranjero, principalmente a Suiza.

—¿Qué clase de trapicheos?

—¡Oh! ¡Poca cosa en realidad! Generalmente lo hacía para presionar a alguno de sus clientes: algo de oro, divisas... Creo que los aduaneros sospechaban algo, pero nunca consiguieron pillarle. Conocía perfectamente el macizo del Mont Blanc; tenía zulos en alta montaña: tanto a un lado de la frontera, como al otro, recuperaba su oro. Ni visto ni conocido. Si hubiera que detener a todos los tipos con mochila, no bastarían todos los aduaneros del territorio.

—¿Tienes una idea exacta del alcance de esos trapicheos?

—No, ninguna. Él me mantenía alejada de todo eso: yo sólo vi el lado bueno.

Su mano dibujó un amplio círculo y terminó en mi nariz.

—¡Ay!

—¡Oh! Perdón.

—No pasa nada; ¡sigue! —dije mientras, discretamente enjuagué algunas gotas de sangre.

—El pasado invierno, hizo un largo viaje a Perú invitado por una asociación científica; era sobre todo un pretexto para explorar los Andes peruanos, que no conocía. Estaba muy ilusionado con el viaje. A su regreso, se mostró sorprendentemente discreto, al contrario de lo que acostumbra. Lo notaba preocupado. En primavera, se ausentó muy a menudo, algo realmente excepcional: había instalado su laboratorio en Sallanches y llevaba mal el hecho de estar tan alejado de la montaña. Hacia el mes de mayo, comenzaron a aparecer esas siniestras siluetas que has visto.

—Ah, ¿los patibularios?

—Sí. Y cada vez que salía con mi padre a Chamonix nos encontrábamos con alguno. Mi padre parecía muy nervioso. En varias ocasiones estuvo a punto de desvelármelo todo. Le presioné. Una noche me dijo simplemente: «Estoy en un serio atolladero». No pude sacarle nada más. En julio, como cada verano, empezó a frecuentar el macizo. Rara vez escalamos juntos: él era un apasionado de la escalada en solitario, mientras que yo prefiero las cordadas mixtas.

—Ya lo veo —interrumpí con picardía.

—¡Qué quieres que te diga! Al parecer, el coito es excelente para las prestaciones deportivas... Y no voy a ser yo quien diga lo contrario.

Carole me sonreía con sus encantadores ojos, algo enrojecidos por la pesadumbre. «Esta chica tiene arrojito», me dije; pese a la muerte de su padre, se comportaba con naturalidad, sin efectos dramáticos. Extendí el brazo hacia su cabellera, teñida de doradillo por la sombra.

—¡Espera un poco! ¡Quiero contártelo todo! A finales del mes de julio, encontré

un mensaje en mi habitación, en un cajón secreto que sólo conocíamos nosotros y que usábamos como buzón: «Me ausento un par de semanas. No se lo digas a nadie. Nos vemos el 15 de agosto, a primera hora de la tarde, en la plataforma de llegada del teleférico de la aguja del Midi: tengo importantes confidencias que hacerte. Destruye esta nota».

—¿Acostumbraba a dejarte este tipo de mensajes?

—¡Qué va! Pero no me preocupé: pensaba que había salido a hacer una primera en solitario y que lo divulgaría tras haberlo conseguido.

—Cabía esa posibilidad, en efecto.

—Así que cogí el funicular a última hora de la mañana; iba con ese sencillo vestido de verano con el que me encontraste. Cuando le vi tirarse al vacío, no le reconocí inmediatamente. Creí que un turista había saltado la barandilla para recoger algo de nieve para sus hijos y que había resbalado. No me había fijado mucho en él: ¿entiendes?, ¿esperaba verle vestido de escalador! Cuando lo entendí, menudo *shock*.

Le tembló la voz, de nuevo volvió a derramar algunas lágrimas. La besé tiernamente en los ojos. Carole se derrumbó sobre mí y, llorando aún, atrapó mi verga con sus labios: la idea de la muerte provocaba en ella ese furioso arrebató sexual. Me abandoné por completo a su caricia. Se puso a caballo sobre mí y colocó su vulva húmeda sobre mi boca, aplastándome con fuerza. Podía sentir sus pequeños pechos golpeándome el vientre, mientras mi nariz se abrevaba de exhalaciones paradisíacas. Sabía ahora dónde se recogían los edelweiss. ¡Ya sólo faltaba descubrir la vainilla!

No tardé en desplegar las corolas de esta orquídea, entreteniéndome mi lengua en cada repliegue secreto, remontando precipitadamente hasta el clítoris, como para retomar la respiración, antes de sumergirme de nuevo en lo más oscuro de las profundidades marinas. En el lado opuesto de la voluptuosidad, su lengua se arremolinaba con locura alrededor de mi capullo, rajando el prepucio como un montaclaras cuando la clara está bien firme. Después, se cosquilleó el orificio y se clavó bruscamente todo el astil en el gáznate. ¡Oh!, ¡Dios! Qué lejos estaba mi pequeña monoplaza canadiense; loaba al dios de la montaña para que una avalancha se la llevara para siempre.

Mis manos corrían libremente sobre sus nalgas, apreciando las regulares y macizas curvas, extraviándose en ocasiones bajo el surco central hasta rozar el orificio anal que, por juego, fingía evitar. Pero la muy pilla no parecía dispuesta a dejarlo ahí; con un brusco empujón, se sacó mi lengua de su reducto y, aprovechando el efecto sorpresa, se la clavó fogosamente en el culo.

Se puso a gemir lentamente, a soltar obscenidades sobre mi pobre zapapico. Luego comenzó a dar bufidos, contrayendo, como la boca de una anémona, su esfínter alrededor de mi lengua, engullida hasta la raíz.

—¡Qué gusto! ¡*Pichabrava!* ¡Bombee, bombee! ¡Deshollina! ¡Rompe con todo! ¡Ah! ¡Cabrón! ¡Machote! ¡Sodomita! ¡Ninfomaniaco! ¡*Glicerínófilo!* ¡Empuja chaval!

En un último espasmo, contrajo todos sus músculos. Me engulló: reconocí entonces la vainilla, flor de las profundidades supremas.

—¿Tienes hambre? —me sonrió amablemente Carole tras un periodo de calma.

—¡Anda! ¡Y tanto! Con tantas emociones ni me había dado cuenta.

Desnudos como la hoja de impuestos de un proxeneta, nos precipitamos sobre la nevera, llena a rebosar.

—¿Qué quieres *papear*? ¿Salmón con guisantes? ¿Raviolis a la salsa Périgord? ¿Vieira a la Vallorcine? ¿Pie de cerdo a la Pierre Mazeaud o ternera a la Jean-Claude Droyer?

—¡Me importa un bledo! ¡A mí sólo me gustan los postres! —contesté mirando de reojo una carlota de frambuesas.

Ignoramos las comodidades de la cocina decorada al estilo rústico y volvimos al salón.

—Dime... ¿Te abalanzaste sobre el primero que viste, allí arriba?...

Me sonrió.

—Podría decirte que sí. En realidad, ya hacía un rato que me había fijado en ti. En Chamonix sólo se habla de las proezas de Pierre Charmoz. Quería saber si los rumores que circulan sobre ti tenían fundamento alguno.

—¿Qué rumores?

—¡Qué tus hazañas nocturnas son inversamente proporcionales a las diurnas!

—¿Quién dice eso?

—¡Oh! ¡Sólo unas envidiosas!

Tenía fama, y era consciente de ello, de montañero solitario, alejado de los círculos de moda. Ignoraba todo, sin embargo, de estas insinuaciones ¡muy propias del «mundillo» alpino!

—¡Que vengan y lo comprueben ellas mismas! —refunfuñé enfadado.

—¡Ja, ja! —la risa de Carole, pura como el hielo de los Bossons, invadió mi ser —. ¡Qué vanidoso eres, pequeño Pierre!

—¡Odio que me llamen pequeño Pierre!

—¡Supongo! ¡Mala suerte, porque así te llamaré a partir de ahora, tendrás que acostumbrarte! ¡Toma, un poco más de carlota, mocoso!

La derramé bruscamente en el suelo. Carole se tendió sobre la moqueta, con las «cuatro patas» al aire. Le embadurné la cara interna de los muslos con carlota, tal y como prescribe Vautel para engatusar a las esposas recalcitrantes.

—¡Ji, ji! ¡Me haces cosquillas con la lengua!

Estaba borracha perdida y, sin la más mínima muestra de pudor, se puso de cuclillas sobre mi boca para devolverme la golosina. Nunca antes había probado semejante postre. Después nos bañamos en una bañera amplia como un océano.

—¡No sé nadar! —dije preocupado.

—¡No tengas miedo! Agárrate a mí.

La degusté lentamente, pasando la esponja natural de mi lengua sobre sus espléndidos atributos. Carole introdujo un dedo cubierto de espuma en su raja, removiéndolo voluptuosamente. Su boca se entreabrió mientras su mirada, límpida, permanecía sobre la mía. Nos disponíamos a volver a nuestras locuras cuando sonó el teléfono.

—¡Mierda de rebeco! —blasfemó Carole. Saltó por encima del borde de la bañera y salió del cuarto de baño sin secarse.

Estaba divagando cuando volvió; su rostro estaba desencajado.

—¿Qué ocurre? —pregunté preocupado.

—Era el inspector Pajot, de la brigada criminal de Annemasse. Quería informarme de la muerte de papá, creyendo que hoy estaría en la montaña. Me contó el desarrollo del accidente, totalmente inexplicable según él. Lo más extraño de todo, añadió tras un momento de indecisión, es que los miembros del rescate no encontraron el cuerpo; ¡ha desaparecido!

### III

Como cada año, en Chamonix siempre llueve al día siguiente de un 15 de agosto.

Al despertar, desde la gran cama de Carole, podíamos observar cómo las nubes descendían a lo largo de las pendientes del Brévent.

—¡Un buen pretexto para quedarse en la cama! —dijo Carole como haciendo carantoñas, mientras se estiraba voluptuosamente, levantando bien alto sus pequeños pechos.

Los cogí en mis manos, haciendo rodar las puntas entre mis dedos.

—¡De eso nada! —contesté; ¡tendremos que rebuscar entre los papeles de tu padre si queremos encontrar alguna pista! ¿Se te ocurre algo?

—No... No solía meter mis narices en sus asuntos, ¿sabes?; él lo prefería así.

La zarandé riéndome, obligándola a salir de la cama, colocada directamente sobre la tupida moqueta que parecía brotar en el suelo de cada habitación.

—¿La sueles esquilar?

Carole se llevó inmediatamente la mano a su sedosa mata de pelo.

—¡No, mujer, me refiero a la moqueta!

Tras un frugal desayuno, nos fuimos a investigar el despacho de Antoine de Colombin. Era un cuarto amplio, el de mejor orientación de toda la casa, con vistas tanto al césped y la piscina como al macizo del Mont Blanc, cubierto ese día por la espesa niebla.

—¡No debe de hacer muy buen tiempo ahí arriba!

El despacho de Antoine de Colombin estaba amueblado con un estilo sobrio: una mesa rústica y un gran armario de madera de pino cembro. Carole lo abrió y dejó escapar una exclamación de sorpresa.

—¡Pero, bueno!

Estaba repleto de material de escalada, salvo algunos documentos que estaban guardados en una estantería.

—¡Esto debía estimularle durante el trabajo!

Media hora más tarde, el material estaba esparcido sobre la moqueta. Los documentos no desvelaron nada interesante.

El material, esparcido de forma aleatoria, parecía un Mathieu venido a menos.

—¡Menuda chatarra!

Tres o cuatro cuerdas, entre ellas una *edelrid* bicolor, varios piolets para hielo extremo: un *albatros*, un *rhinocéros*, un *super-cóndor*; varios pares de crampones, uno de ellos inoxidable; un centenar de mosquetones y diez kilos de clavos, algunos increíblemente corroídos.

—¿Los colecciona?

—No lo sé; ¡es muy raro, en efecto! Están literalmente hechos polvo... ¡Toma! ¡Cógelo!

Carole me lanzó un puñado de imponentes mosquetones de aspecto muy macizo.

Sorprendido, extendí la mano.

—¡Caray! ¡Pero si pesan menos que una pluma!

—Están forjados en una aleación de titanio. Mi padre los trajo de una expedición en el Cáucaso. Se los cambió a unos escaladores soviéticos contra los mejores «Brigandine»<sup>[1]</sup>. ¡Pesa más un mosquetón de acero que una decena de éstos! ¡Toma! Estos clavos los forjó mi padre en una aleación de su composición.

Carole estaba orgullosa de su padre. La tristeza invadió su bello rostro; derramó algunas lágrimas. La cogí en mis brazos; abrió los labios e introdujo su lengua con rabia en mi boca, vertiendo en su interior un chorro de saliva. Nos separamos con un ruido de ventosa.

—¡No hay nada! ¡Es desalentador!

—¿Y esa libretilla negra de filetes dorados que hay en el fondo del armario?

—¿Qué libretilla negra de filetes dorados del fondo del armario? —se extrañó Carole. Pero al percatarse exclamó—: ¡es el cuaderno de escaladas de papá!

—¡Déjame ver!

La agenda estaba actualizada. El padre de Carole apuntaba concienzudamente en ella el nombre de la cumbre, la vía, la vertiente, la dificultad y el horario.

Fíjale en la última fecha: 28 de julio, vía *Rince-Doigts* al *Chiron du Four*: PD superior<sup>[2]</sup>, dos horas, veintisiete minutos y cuarenta y ocho segundos. ¡Después ya no hay nada más!

Hojeamos la agenda. Entre las últimas páginas aparecieron algunas de esas servilletas de papel que los guardas de los refugios dan a los clientes que vienen a comer: se podía reconocer el sello de los refugios de la Charpoua, Albert I, del Couvercle<sup>[3]</sup> y de varios más.

—¡No ha anotado nada! —dijo Carole contrariada.

—Escucha, propongo que uno de nosotros, yo, vaya a Chamonix a enterarse del chismorreo (y acariciar algún trasero, si se presenta la ocasión). Es mejor que tú te quedes aquí para recibir a los familiares...

—Me extrañaría que vinieran muchos, ¡mi padre era un expósito! Pierre, tengo miedo, no me dejes sola; si *los otros* vienen a indagar...

—¡Los había olvidado! Creo que andarán con mucho cuidado durante unos días...

Ya en Chamonix, aparqué el golf sobre un paso de cebra, a la espalda de un poli. Cuando salí, le hice un palmo de narices. Me fui corriendo a la *Potinière*, santo entre los santos para los escaladores a la última. A mi entrada, varias muletas se agitaron con alegría, mientras un estruendoso «¡Hola Pierrot!» se estrellaba contra mis trompas de Eustaquio, haciéndolas chillar.

Era Gastón, Gastón Robidá, joven guía a la última y viejo amigo mío. Empezamos a escalar juntos en unas viejas paredes cuyo nombre callaré para no dar envidia.

Gastón se parecía como dos gotas de agua a esos altos «guías-musculosos-

bronceados-de-ojos-sonrientes» que podemos ver en esas películas de montaña para viejas señoritas y adolescentes espinillosas. El único defecto: una cicatriz en la mejilla izquierda, recuerdo de un vuelo sucio de treinta metros.

—¡Bueno!, ¿dónde te metes? ¡Ya no se te ve el pelo!... ¿Sabes dónde estuve ayer?

—No, ¿dónde?

¡En el Eigerwand! En el día y a pequeñas zancadas: ¡la travesía *Hinterstoisser* sin manos!

—¡Bromeas!

—No, ¡y con un cliente además!

—¡Qué asqueroso eres! Vas a hacer que se desmoronen las tarifas.

—Me da igual, me pagan por horas.

—¿Cómo es eso?

—Pues muy simple: ¡cuánto menos tardo más dinero me meto en el bolsillo!

Nos reímos a carcajadas.

—¿Qué quieres tomar, Pierrot?

—Un vaso de leche con licor de genepí.

—¡Dos genepíes! —gritó Gastón—. ¿Y tú qué? Cuenta, cuenta...

—¡Oh! Algo realmente asombroso: estaba en la aguja del Midi, esperando el teleférico...

—¿Sabes lo de Antoine? —interrumpió Gastón.

—Sí, precisamente...

—Es una pena, ¿eh? Un buen tipo. Un tío *realmente* simpático, ¡no es de los que te escupen en la mochila o te pisotean la cuerda con los crampones! Me resulta extraño... ¡no paraba de cruzarme con él a principios de mes!

—¡¿Qué?!

—Sí, en el refugio del Couvercle, en el Albert I, incluso en el viejo refugio de Plan de l'Aiguille; ¿te acuerdas de aquel día en que...?

—¡Espera un momento! ¿Estás seguro de que era él?

—Y tanto, le conozco bien; escalamos juntos algunas veces ¡pero ojo!, no en plan profesional, ¡sólo por placer!

Gastón bebió su leche con licor de genepí a sorbitos, haciendo un ruido similar al de un ternero mamando de una ordeñadora eléctrica. Le dejé con su degustación y salí disparado a la calle.

Varias muletas se despidieron de mí: eran las víctimas de la dura escuela de la vida que es la montaña...

—¡Podrías tener un poco más de educación con tus amigos! —gruñó Gastón mientras cogía mi vaso.

El sol había vuelto; hacía brillar los adornos de las chaquetas de escalada: ¡Gran Premio del Lanzador de Pedruscos! ¡Presuntuoso de Primera! ¡Accésit en Palabras Estúpidas! Todo rutilaba, como el oropel alrededor del cuello de un canónigo en el

fondo de la cueva de Lourdes. No había duda: ¡éstos sí que eran tíos, tíos de verdad!

Regresé al coche y me puse a conducir al ritmo de una avalancha precipitándose sobre los Bossons. Al llegar al chalet, aparqué marcha atrás, algo más abajo. Cuando me disponía a cerrar la puerta, escuché unos gemidos sofocados.

—¡Por la pierna derecha del Gran Dahu! —murmuré ojalá...

Caminé discretamente a lo largo de la fachada y me acerqué —el corazón me latía a toda prisa— al césped desde donde provenían gritos y chupeteos, ahora muy claros.

Eché un ojo: «¡No puede ser!».

Carole estaba tendida, desnuda, sobre la hierba. Una bella morena estaba de rodillas, con la cabeza metida entre sus muslos; su espalda, extraída de una revista para fantasías solitarias, ondulaba muy lentamente, meneando, al otro extremo, un culo de ciento ochenta quilates.

—¡Oh, sí! ¡Querida! —gemía Carole—. ¡Qué bien lo haces!

Movía la cabeza, con los ojos cerrados y la boca abierta. Algunas moscas seguían el espectáculo con interés.

Las manos de la morena remontaron el vientre, lo alisaban con la punta de los dedos, entreteniéndose un instante alrededor del ombligo, hasta alcanzar la parte inferior de los pechos; los dedos efectuaron un tímido reconocimiento sobre los pezones, pellizcándolos hábilmente. Más abajo, la bella desconocida seguía revolviéndose, acariciando la zona del vientre con su melena.

Sin abandonar su actividad lingüística aplicada, la chica se giró y dejó caer su cabellera morena sobre el rostro de Carole. Desde mi posición de granuja mirón, dominaba la situación y sentía, a la vez, que no iba a tardar en ser dominado por ella.

Carole alzó ligeramente sus piernas; su cómplice pasó las manos por debajo de sus nalgas y se hundió más profundamente en su intimidad. El rostro de Carole había desaparecido casi por completo bajo la aplastante y posterior presencia de su amiga: sus manos se agitaban en la superficie, como una última llamada de socorro, como un último adiós.

La pareja inició con brío una pieza para cuatro manos y dos lenguas. Como suele ocurrir en la ópera, las palabras no se entendían; ¡pero qué importa eso cuando la música es bella!

Me eclipsé antes del final temiendo la entrada de los instrumentos de viento. Regresé al coche y di un buen portazo. Volví a la casa por el sendero, arrastrando los pies.

Cuando llegué al césped, las dos pillas estaban tranquilamente tumbadas, en bañador, y parecían inmersas en sus respectivas novelas. Carole me hizo un pequeño saludo relajado.

—Ven, te voy a presentar a mi *mejor* amiga: Catherine d’Hivervel.

Ésta apartó la mirada de su novela policíaca y me dirigió una sonrisa capaz de freír la manzana de Guillermo Tell sobre la cabeza de Haroun Tazieff. Su cara, que me alegraba tanto conocer, presentaba rasgos angulosos, casi masculinos, suavizados

por unos ojos de un verde admirable (ojos perversamente garzos, pensé). Más abajo, el minibikini contenía con más pena que gloria unos generosos pechos cuya firmeza, respecto a la horizontal, era indiscutible. Su piel, muy morena, cubría un cuerpo atlético... ¡muy atlético!

—Catherine, te presento a mi querido: llámalo pequeño Pierre, ¡lo odia!

Besé a Carole en la boca para hacerla callar; detesto el sexismo hembruno.

—¡Hum! ¡Qué perfume más raro! —dije de forma inocente—: otro descubrimiento de Yves Rochelle.

Carole se ruborizó ligeramente. Sus ojos se volvieron tunantes. Catherine d'Hiverel se echó a reír a carcajadas.

—Puedes darle un beso —barbulló Carole.

Me giré hacia la bella Catherine y rocé sus labios. Estaban templados y tenían la consistencia de las almohadillas de las patas de un gato. Catherine se entregó sin vacilación a mi beso, clavando su lengua en mi boca y enrollándola alrededor de la mía.

—¡Anda! ¡Qué cerdos! —exclamó Carole—. ¿Y yo qué?

Se abalanzó sobre nosotros riéndose y pegó su boca a las nuestras. ¡Realmente, era una sensación muy curiosa! Nuestras tres lenguas se perseguían las unas a las otras y ya nadie sabía cuál era la suya.

—No es por nada, chicas —dije en plan machote—, pero tengo que ir a comprobar algo urgentemente.

—Puedes hablar delante de Catherine, está al corriente.

—¡Venid conmigo, rápido! Las llevé al despacho de Antoine de Colombin. Era cierto; los refugios de los que hablaba Gastón estaban en la lista.

—¡Lo único que tenemos que hacer es ir hasta allí! —dijo Catherine—. Mi padre tuvo que dejar algún indicio para encontrar el oro que escondió. Los juegos de pistas eran lo suyo; ¡aún era muy *boy scout*!

—¿Por cuál empezar? —pregunté.

—¿Qué tal el refugio del Couvercle? —propuso Carole—. Teníamos intención de escalar la vía *Contamine*, en la cara este del Moine.

—No quisiera molestar...

—¡Venga ya! —refunfuñó Carole—: ¡Somos una cordada feminista, pero no hortera!

El timbre cortó mi réplica, típicamente machista. Carole, cuyo bikini parecía haber encogido aún más por el efecto biodegradable de un sospechoso detergente, se precipitó hacia la puerta.

Un tipo alto vestido con un impermeable de color gris-beige, abierto sobre unos bávaros de paño de Bonneval, con zapatos *tricouni* de la preguerra, se enmarcó en la puerta como un viejo cromo. Levantó con un dedo una boina de cazador alpino robada en algún museo de la Armada.

—Inspector Pajot, de la brigada criminal de Annemasse; querría hablar con la

señorita Carole de Colombin.

—Soy yo...

Catherine contuvo la risa a duras penas y me clavó un codo en las costillas. Le pellizqué las nalgas.

—¿Puedo verla a solas? —inquirió el poli, que tenía los ojos a la altura de los pechos de Carole.

—Puede hablar delante de mis amigos.

Nos presentó:

—Catherine d’Hivervel, alpinista, y Pierre Charmoz, parado.

—Encantado, seré breve: acabamos de encontrar el cuerpo de su padre, en una grieta, al pie de la aguja del Midi.



## IV

La ceremonia fúnebre resultó breve. El cuerpo de Antoine de Colombin fue incinerado y sus cenizas, dispersadas desde un helicóptero, fueron a parar sobre unos pobres escaladores que se encontraban más abajo.

Los efectos del muerto, recogidos por la policía, no aportaban ningún esclarecimiento al caso. De hecho, ¿qué pueden aclarar un viejo par de *Pataugas* hechos trizas y un gorro de lana «Recuerdo de Chamonix» descosido? No obstante, había algo curioso: un clavo oxidado, encontrado en el bolsillo del pantalón, similar a los de la serie del armario. ¿Qué hacía con semejante reliquia, prematuramente arrancada al afecto de su granito nutricio?

Pasaron dos días dedicados a cumplir trámites de todo tipo: el pésame de los envidiosos, el interrogatorio de Carole por Pajot o por su adjunto Devissoux, llamadas telefónicas anónimas y visitas subsiguientes de periodistas tipo «pequeño-escarbador-de basura».

Por fin, el martes, hacia las cuatro de la tarde —el accidente había ocurrido el sábado anterior— caminábamos a grandes zancadas por el terreno pedregoso y grosero de la Mer de Glace, en dirección al refugio del Couvercle.

El sol pegaba fuerte; como dicen los manuales, el hielo reverbera. Las dos chicas vestían sus trajes preferidos, para alegría de unos abrigadísimos turistas que se habían equivocado de manual. Nos saludaban amistosamente con su bastón ferrado, tal como prescribe el *Léxico del Senderista*.

—¡Buenos días! ¡Buenos días! —decía el bastón.

Dos enormes mochilas sobresalían ampliamente por encima de la cabeza de las chicas. La mía era ridícula en comparación. Los turistas me fulminaban con la mirada.

—¿No es demasiado peso, señoritas?

—¡Y que lo diga! —dijo con sarcasmo Carole—, es la ensalada para esta noche.

¡Estábamos muy en forma! Las latas de conserva oxidadas rodaban tras nosotros hasta perderse, en medio de un gran ¡bim bam bum!, en las grietas llenas a rebosar de basura. Llegamos al pie de los Egralets, amplio sistema de escaleras que permite franquear una banda rocosa desde el retroceso del glaciar.

Me puse en cabo de fila, pues tenía ganas de disfrutar al máximo del paisaje, más aún considerando que el peso de la mochila había hecho descender sus diminutas bragas por debajo del límite tolerado por los hipócritas. A ellas les importaba un comino. Mientras agarraba los barrotes metálicos, contemplaba el sabio contoneo de Catherine, y el prodigioso balanceo de Carole.

Alcanzamos, demasiado pronto para mi gusto, la interminable antecima que conduce al refugio.

—¡Mirad! —exclamó Catherine.

Nos mostró un grupo de chicas jóvenes tendidas sobre un rellano herboso.

Decididas a aprovechar los últimos ardores del sol, tan sólo vestían unas minúsculas bragas transparentes que apenas disimulaban unos tentadores matojos. Se untaban mutuamente el cuerpo con una espesa crema, aprovechando la ocasión para cosquillearse cariñosamente. Olía a tomillo.

—¡Dentro de un cuarto de hora estarán a punto! —murmuré.

—Me comería a alguna... —dijo Catherine relamiéndose.

—¡Qué vergüenza! —exclamó un maestro de escuela jubilado.

—¡Esto estropea el paisaje! —añadió un ecologista tarado—. Los jóvenes no respetan la naturaleza —prosiguió, con las manos profundamente metidas en los bolsillos de sus bávaros.

Dimos un par de besos a las chicas según pasábamos.

Llegamos al refugio; parecía que estábamos en los astilleros en la época de despidos. La única diferencia residía en el traje y la decoración. Una compacta muchedumbre deambulaba calzada con unos zapatones de goma, amablemente puestos a disposición de los clientes para no ensuciar los parqués encerados de estos lujosos hoteles.

—Nos va a costar encontrar sitio —se inquietó Carole.

Cuando entramos, nos saludó Titoune, el guarda:

—¡Ya no queda sitio! Preguntad en el viejo refugio —nos dijo con un gran gesto de impotencia.

Una inmensa placa de granito dominaba la vieja cabaña de madera que estaba ligeramente apartada del nuevo refugio. Lo llamaban el caldero, pero tras la invención de la olla exprés unos listillos habían atravesado «la tapadera» con el tubo de la estufa.

La cabaña sólo se usaba en caso de mucha afluencia; allí los «duros» se mantenían alejados del grupo de turistas que venían a darse el gusto de vivir la angustiada experiencia de una noche en alta montaña.

Nos saludaron algunos conocidos. Pude reconocer a Freddy, un tipo rubio y alto con quien escalé bastante, hace tiempo.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —le pregunté.

—¡Oh, nada! Sólo un par de grupos del *Club Méditerranée* llegados con el último maremoto, y una reunión de veteranos cazadores de conejos que han venido en helicóptero. ¡Ya sabes, rutina!

Se reía mientras se rizaba los pelos del bigote. Dirigió una gran sonrisa a Carole y a Catherine.

—¿El señor hace visitar a sus primitas los abismos vertiginosos y los insondables precipicios?

Carole le miró de hito en hito con sus intensos ojos azules.

—¡Las primitas dicen que te vayas a la mierda!

El refugio, poco cuidado, olía a moho, pese a estar la puerta abierta para ventilar. Conservaba a lo largo de estos heroicos años los tabiques de madera maciza,

lustrados por generaciones de alpinistas agotados. Los colchones también eran del año en que fue construido.

Salimos los cuatro a respirar un poco de aire fresco antes de la cena. El sol iluminaba las paredes con sus últimos destellos. El aire tenía ese olor característico de la alta montaña: algo picante, con tufo a ozono.

—Vamos a *papear* algo... ¿vienes con nosotros, Freddy? —preguntó Catherine.

—No, ¡tengo un bistec tártaro de marmota en el fondo de la mochila! ¡Qué aproveche!

Ya era hora de que llegáramos, la sala estaba atestada de gente.

—Fíjate en aquéllos, ¡vaya un cuadro!

Carole apuntaba con el dedo a un grupo de tarados cubiertos de medallas, con su larga boina echada hacia atrás con arrogancia. Vociferaban unas canciones militares tipo «Allí arriba, en la montaña, hay un hermoso gendarme».

—¡Qué horror, deberían encerrarlos en una reserva natural!

Encontramos tres pequeños asientos bajo el barómetro. La aguja seguía una agitada parábola con picos muy pronunciados, poco útiles para conocer el tiempo que haría al día siguiente. Sin embargo, se podía contar el número de desgraciados que se habían dado un golpe contra él al levantarse.

El guarda nos trajo tres grandes tazones de sopa liofilizada.

—¡Hola, Titoune! Menudo plantel tienes esta noche...

—¡Hola, Pierre!, ¡hola, Carole!... Es terrible lo que le ha pasado a tu...

En ese momento, se produjo un altercado en el fondo de la sala:

—¡No señor! Lo cacé yo.

—¡Cómo! ¡Pero si yo estaba allí, en el collado! Los disparábamos como a conejos.

Titoune levantó la voz:

—¡Cerrad el pico, abuelos! Id a dormir la mona y a contar vuestras batallas a otro sitio.

—Oye —preguntó Carole—, ¿cuándo fue la última vez que viste a mi padre?

—Espera... debió de ser a principios de mes: el tres o el cuatro. Había mucha gente, como esta noche. Se instaló en el viejo refugio... Echadle un vistazo al libro de piadas del refugio, solía apuntar su paso.

Titoune se alejó. Una de sus hijas, una morena encantadora, trajo el puré liofilizado y la carne picada congelada.

—Voy a por el libro.

Catherine se levantó y ¡zas!, la aguja del barómetro despegó de nuevo hacia las altas presiones.

—¡Ja, ja! —se rieron los supervivientes del *Club Méditerranée* que estaban a nuestro lado.

Catherine volvió con el voluminoso registro en el que cualquiera puede contar a placer su vida y sus hazañas, algo que sólo interesa al que lo hace.

Nos sirvieron la compota liofilizada.

—Es curioso, ¡en este refugio lo único que no necesita ser hinchado con agua es la estupidez! —se sorprendió Carole.

Los «clubistas» hundieron sus narices y sus cucharas en la sopa.

—¡Ábrelo, rápido!

Examinamos el libro: la última señal de Antoine de Colombin databa del 12 de julio.

—Estamos en el camino equivocado —dije con amargura.

Titoune volvió junto a nosotros.

—¿No te dejó nada Antoine? ¿No se le olvidó nada la última vez que estuvo aquí?

—No, no creo... Echad un vistazo en el viejo refugio, nunca se sabe.

Nos levantamos. Catherine evitó con gracia el barómetro. Al fondo de la sala, los viejos tomaban su compota a sorbos con el reverso de sus medallas.

En la cabaña encontramos a Freddy que mordisqueaba un limón. Lentamente, la noche vertía su oscuridad en el cielo, encendiendo sus lamparillas una por una sobre las cumbres. El cuarto estaba atestado. Pero sólo de tipos duros: se notaba en los bávaros desgarrados y raídos que colgaban de los tabiques como las oriflamas de la guerra de los Cien Años, en su año ciento uno.

Teníamos dos literas para tres, ¡todo un lujo! Extendimos una gran sábana para aislarnos del piojoso colchón y de las mantas acartonadas: son los pequeños detalles los que hacen soportables las noches en estos asilos nocturnos.

Carole y Catherine se desnudaron sin complejos delante de los machos curtidos. Las respiraciones se volvieron jadeantes, como si de golpe, el refugio se encontrara dos mil metros más arriba. Estallaron varios pedos de ánimo. La escasa luz emitida por las linternas frontales animaba unas caprichosas sombras sobre sus cuerpos, mientras a su alrededor, el menesteroso decorado se iba sumiendo en la grisalla.

Galante, me coloqué en el medio, justo en la unión de los dos colchones. Como por casualidad, Freddy había encontrado sitio al lado de Carole. Ésta le sonrió extensamente.

—No te agites demasiado esta noche...

—No hay riesgo de que eso ocurra: ¡he puesto la marmota sobre el fuego!

—¡Uf! ¡Uf! ¡Uf! —gritaron algunos envidiosos anónimos.

Progresivamente, las luces se fueron apagando. Los alpinistas se acuestan con las gallinas y se levantan antes que los pesados. En la oscuridad, sentí cómo dos manos me tocaban a la vez el pecho, y dos jóvenes y vigorosos cuerpos se arribaban a mí. Pequeños escalofríos de excitación recorrían la piel caliente y suave de Catherine. La mano de Carole dejó de toquetear mis pelos y se posó sobre su amiga, probablemente en algún lugar estratégico, pues un leve suspiro agujereó la noche. Dos bocas se pegaron a la mía. A lo lejos, restallaban las articulaciones de los excombatientes. Una mano desconocida reavivó la llama de un soldado demasiado conocido. Otra mano

vino a prestar ayuda, mientras las mías se extraviaban entre mis dos amigas. Era mi primera noche con Catherine y, a pesar de la particularidad de las condiciones, pude saborear las caricias de esta dulce chica, a las cuales correspondí del mismo modo. Los tabiques crujieron.

—¡Un poco de silencio! ¡Hay gente que se va pronto! —gritaron los gruñones.

Catherine me tapó, sus manos me abrazaron con fuerza y sentí el suave contacto de sus senos sobre mi pecho. Los dedos de Carole abrieron delicadamente el sexo de su compañera e introdujeron mi verga en él.

Sin duda debido a la excitación, amplificada por la participación de Carole, eyaculé precipitadamente.

—Es cierto, ¡los hay que se van pronto! —murmuró una contrariada Catherine.

—¡Que no, mujer! ¡Es la presión que aumenta con la altitud! —dijo Carole en plan científico.

Se deslizó hasta nuestros pies. Sentí su lengua subir a lo largo de mi sexo, mientras se entretenía en la flor de su amiga, la cual se propuso polinizar. Catherine enrolló su lengua alrededor de la mía buscando un punto fijo en el vértigo que la invadía. Jadeaba, haciendo ¡muac! ¡muac! ¡muac! sobre mis labios, separando los suyos al ritmo de una máquina de vapor, en plan Denis Patin.

Una sacudida perturbó la sensual mecánica durante un instante. Sentí la lengua de Carole tensarse por la sorpresa, antes de reiniciar su vaivén en un tono más inspirado. Comprendí que un generoso y heroico refuerzo había acudido a cubrir su retaguardia. Aprovechando estas imprevistas circunstancias, mi órgano principal recuperó cierta amplitud y se adaptó al ritmo general. Se acercaba la crisis final. La lengua de Carole desapareció en las profundidades críticas de Catherine, cuya razón pura se ajustó a la amplitud de mis argumentos.

La cobertura anónima se replegó con discreción. Nos quedamos dormidos estrechamente abrazados.

A las tres de la madrugada mi reloj de cristal de roca soltó su sádico ¡bip!, ¡bip! Un serac se desplomó sobre el glaciar.

Cuando me disponía a coger mis gafas de la mesilla, sentí el contacto de la tapa de un libro. Lo expuse a la luz de la frontal.

—¡Anda! *Des Frissons sur la Moraine*, la última novela de Jean-Pierre Faille... Hojeé el libro con indiferencia; había una dedicatoria en la página del título, aunque tenía dificultades para descifrarla pues mi frontal empezaba a dar signos de debilidad.

—Carole, ¿puedes leer lo que pone?

—¡A ver!

Se contuvo de decir un taco, ya que éstos son, como todos saben, cosa de hombres.

—¡Es la letra de mi padre!

—¿Qué es lo que ha escrito? —preguntó Catherine, impaciente.

—No lo entiendo, parece la descripción de una vía: «Atacar por las placas, bajo el

túnel característico; penetrar en él tras superar un paso delicado. (IV)...». ¿Por qué ha escrito eso? —pregunté extrañado—... ¿Dónde es?



## V

La cara este del Moine fue un verdadero paseo.

En la cima, retiramos el montón de basura que la cubría para tumbamos sobre una llambria horizontal.

Mientras mascábamos unos «nabos de mono», tratábamos de aclarar la extraña dedicatoria.

—¡Probablemente sea la vía en la que Antoine escondió el oro! —exclamé—; bueno, quizá no, eso no sería muy prudente: ¡cualquiera podría echarle el guante!

—¡Nos faltan elementos! —añadió Catherine.

En el refugio nos encontramos a Freddy, que acababa de despertarse.

—¿Bajáis?

—Sí, ¿y tú?

—No, yo me quedo. Los excombatientes se han ido en helicóptero, y los «clubistas» siguiendo la marea descendiente.

En el sendero, más abajo, una urgente necesidad me obligó a hacer una parada.

—¡Seguid! ¡Ya os alcanzaré! —grité a las chicas. Me alejé detrás de un bloque y me puse a orinar al tiempo que silbaba.

—¡Pst!

Me di rápidamente la vuelta.

Una deliciosa adolescente, rubia como el trigo transgénico, estaba de cuclillas. Se había bajado el bañador y meaba tranquila sobre una jusbarba. Me miró fijamente a los ojos y, sin más consideraciones, esbozó una amplia sonrisa.

—¡He ganado la apuesta! —dijo a un interlocutor invisible en tono triunfal.

Apercibí entonces a otra muchacha tumbada en la hierba que observaba a su amiga.

—¿Qué apuesta? —pregunté interesado.

—¡Ahora verás!

Se deshizo rápidamente de su braguita, desabrochó la parte de arriba del bikini, y se abalanzó sobre su compañera soltando pequeños gritos de excitación. La otra forcejeó débilmente; en un abrir y cerrar de ojos, su compañera le había quitado los dos cuerpos del bañador.

—Había apostado que no tendría narices a quedarme de cuclillas si llegaba alguien —me explicó la rubia, mientras acariciaba a su compañera—. ¡Ahora tiene que resignarse a satisfacer todos mis deseos! ¡Ven! —añadió.

Estábamos muy cerca del sendero, se oían crujir las piedras bajo las botas de los senderistas.

—¿Yo también entro en tu apuesta?

—¡Eso lo decido yo!

Ambas debían rondar los dieciséis años: la primera era rubia —auténtica—; la segunda, rubia —de bote—.

Se revolcaban impacientemente sobre la hierba, aplastando unas inocentes hormigas bajo sus jóvenes cuerpos, ágiles y bronceados.

—Si nos vieran las amigas —dijo la rubia «de bote» con una risa ahogada.

—¡Son unas gilipollas y unas putillas! —afirmó «la auténtica»—. ¿Has besado a un hombre alguna vez?

—¡Muchas veces! —mintió la rubia «de bote».

Su compañera me empujó hacia ella. Nuestras bocas se juntaron con timidez. Aparté sus dientes y mi lengua se introdujo hasta el fondo del paladar, enrollándose voluptuosamente alrededor de la suya. La rubia «auténtica» aprovechó el abandono de su amiga para meter su cabeza en el vello pubiano.

—¡Oh! —gimió la otra abriendo los ojos.

Mi mano corría sobre su piel, rozando sus pequeños pechos, de puntas endurecidas.

—¡Me vas a lamer tú también! —ordenó la ganadora.

—¡Oh, no! Jamás me atrevería.

—¡Sujétala bien!

Hizo caso omiso de las súplicas de su víctima y aprovechó mi colaboración: la bella tunante se giró y colocó su sexo encima del rostro de su amiga. Sus pelos destilaron algunas gotas de rocío. Después, cerrando los ojos, se agachó sobre la boca de su compañera, que dejó de debatirse. Su lengua rodeó ligeramente el orificio antes de clavarse con valentía en las delicias prohibidas. Su impetuoso jinete jadeaba. Descendí a lo largo del cuerpo tendido e introduje mi dedo índice en el reducto que la lengua de la rubia «auténtica» había lubricado.

—¡Qué gusto! —gimieron a coro las dos bellas.

Como no quería inmiscuirme en esta naciente ternura, me eclipsé.

Me reuní con Carole y Catherine en la estación de Montenvers.

—¡Venga, deprisa! Vayamos al médico a que te examine la próstata —dijo Carole furiosa.

Defendí mi inocencia y les conté mi aventura.

—¡Podías habernos avisado! —exclamó Catherine.

—Sólo tienes que subir, seguro que aún están allí. ¡Ah! Si los padres supieran lo que hacen sus queridas hijas cuando se van a una colonia de verano.

Cuando llegamos al chalet, nos precipitamos sobre la nevera.

—¡Me muero de hambre! —dijo Catherine.

Una mano tapó la boca de Carole, otra agarró a Catherine y, acto seguido, algo duro me golpeó la cabeza y perdí el conocimiento.

Me desperté con la cabeza dolorida, atado a una silla y amordazado. Mis dos

amigas estaban frente a mí, en una posición tan desfavorecida como la mía, mientras nuestros verdugos, cinco forzudos con pasamontañas, nos observaban, imperturbables.

—Tan sólo queremos algo de información... —dijo uno de ellos, con un fuerte acento extranjero—. Señorita de Colombin, le vamos a quitar la mordaza: si grita, su amiga sufrirá las consecuencias.

Hizo una seña a uno de los hombres; éste se colocó al lado de Catherine y sacó una cuchilla de afeitar.

Los ojos de Catherine se agrandaron por el terror. Intentaba con furia liberar mis manos de los nudos. ¡Imposible! Una vez desamordazada, Carole permaneció con la boca cerrada.

—Rebuscamos entre los papeles de su padre, ¡aunque sin éxito! Quizá podáis ayudarnos... Si mostráis buena voluntad, los tres seréis liberados sin un rasguño. Si no...

Hizo un gesto breve. La cuchilla de afeitar rajó la parte superior de la blusa de Catherine y, con otro movimiento, cortó los tirantes del sujetador. Los pechos quedaron al descubierto. El hombre los sopesó con aire de experto. Acarició las puntas, que se endurecieron involuntariamente. Después, bruscamente, las retorció. Catherine clavó los dientes en su mordaza; sus ojos derramaron algunas lágrimas.

—Sería una pena acuchillar unos pechos tan bonitos...

—¡Pedazo de cabrón! ¡Sádico de pacotilla!

Sin abandonar su espantosa tranquilidad, el que parecía ser el jefe hizo una señal con la mano a dos de sus acólitos; éstos se acercaron a Carole. La desataron y la sujetaron con fuerza. El jefe abrió la cremallera del pantalón de mi amiga y lo bajó hasta los tobillos. De un golpe seco, arrancó la braguita, sin consideración alguna por el Mickey Mouse que estaba estampado a la altura del sexo. Los otros dos obligaron a Carole a arrodillarse y la ataron de tal manera que su espléndido culo quedó apuntando hacia el techo. Uno de los bandidos se sentó sin miramientos sobre su espalda.

—¡La posición facilita la meditación! —ironizó el jefe.

—¡No insistáis, es inútil! No os diré nada porque no sé nada: mi padre me mantenía alejada de sus asuntos e ignoro lo que estáis buscando.

—¿Por qué entonces le estaba esperando en la cumbre de la aguja del Midi?

—Me había citado allí, pero desconozco en realidad por qué motivo.

Su voz se perdía en la moqueta que le llenaba la boca. El bandido se echó a reír a carcajadas.

—¿Por quién nos está tomando, mi querida señorita? No somos tan ingenuos como para ignorar que, desde hace poco, los asuntos de su padre le preocupan sospechosamente. Tan sólo queremos comprobar sus conocimientos sobre el tema... ¿Puede decirnos dónde estaba su padre a comienzos de este mes?

—¡No lo sé, os lo juro!

—¡Tss! ¡Tss! ¡No está siendo razonable!

La cuchilla inició un baile alrededor de los pechos de Catherine, cortando rodajas imaginarias. Catherine sollozaba silenciosamente. La cuchilla seccionó el aire con un rápido movimiento. Algunas gotas de sangre resbalaron sobre su piel morena. Ella mostró un gesto de dolor.

—¡Estáis completamente locos! —se enfureció Carole—. ¿No os dais cuenta de que os estoy diciendo la verdad?

La cuchilla se elevó de nuevo.

Sonó el timbre. Los cinco truhanes se miraron, desconcertados. El jefe empezó a hablar en un idioma que desconocía. El timbre insistió.

—¡Socorro, nos están matando! —vociferó Carole.

Recibió una fuerte bofetada. Se oyeron algunos pasos precipitados sobre la grava. Alguien trató de forzar la puerta, en vano.

—¿Qué está ocurriendo ahí dentro?

Era la voz de Gastón Robidá. Uno de los cinco hombres sujetó a Carole con una mano: la mordió salvajemente.

—¡En nombre de la ley, abrid o disparo!

La atronadora voz de Gastón parecía haber asustado a los bandidos. Se escucharon dos detonaciones, bastante débiles.

—¡Vosotros, venid! —dijo Gastón casi gritando—. ¡Tiremos la puerta abajo!

Fuera se produjo un gran revuelo, se oían pasos sobre la grava. Volvimos a tener algo de esperanza y aguardamos, anhelantes. Los bandidos salieron a toda prisa del chalet en el momento en que el estruendo producido por la rotura de los cristales nos advertía de la llegada de nuestros «salvadores».

Gastón apareció por la puerta y se quedó helado ante el espectáculo.

—¡Madre mía! ¡Llego a tiempo!

Nos desató rápidamente; escuchamos el repentino rugido de un motor. Un coche arrancó en tromba.

—¿Dónde están los demás?

—¿Los demás? Estoy yo solo —replicó Gastón, divertido—: siempre llevo un par de petardos conmigo. Es muy infantil pero, al fin y al cabo, si se puede unir lo útil con lo agradable...

Carole abrazó a Catherine. Por fortuna, la cuchilla no había hecho más que arañar la piel. Se abrazaron la una a la otra y se besaron largamente.

—¡Ay, querida! ¡Me asusté tanto!

Yo también temblaba; la cabeza me daba vueltas y me desplomé en el suelo. Gastón se precipitó sobre mí.

—No es nada: el *shock* nervioso...

—¡Ven, vamos a preparar el *papeo*! ¡Las emociones abren el apetito!

Gastón me llevó a la cocina.

—¿A qué habías venido aquí?

—Pueees... era para lo del pésame... Entiendes...

Me eché a reír a carcajadas.

—¡Vaya! Pareces conocer muy bien el lugar.

—¡No sabía que habías caído en las redes de la bella Carole! —replicó.

Las dos chicas habían ido a darse un baño; les llevamos unas croquetas de lucio, gelatina de huevos de águila real y mermelada de grosellas espinosas. Carole y Catherine se lavaban mutuamente, pasando con lentitud el jabón sobre sus cuerpos, convirtiendo los gestos del aseo en otras tantas caricias.

—¿Quiénes eran esos tipos? —preguntó Gastón bruscamente, con la mirada puesta en la fina cicatriz de Catherine—. ¡Saboteadores, seguro!

Se inclinó sobre ella y posó con delicadeza sus labios sobre la piel, muy cerca del tajo. Catherine sonrió.

—Te lo vamos a contar todo, ¡te lo debemos...! —intervino Carole.

—Increíble —dijo Gastón instantes después—. ¡Oro! ¡Antoine traficaba! ¡Si el valle se enterase!

—Precisamente, no queremos que se entere —intervine.

Permanecimos un instante en silencio. El agua chapoteaba ligeramente. Observaba sin cansarme a las dos soberbias chicas, hundidas en el colchón líquido. El pie de Catherine se deslizó suave a lo largo de la pierna de Carole hasta sumergirse en su pelambre. El de Carole le correspondió de igual manera.

—¡Ahora lo recuerdo! Vi cómo Antoine apuntaba algo en el libro de piadas del refugio del Plan de l'Aiguille, ¡estoy seguro!

—Tendremos que damos prisa y, a partir de ahora, estar alerta.



## VI

En el sendero, un grupo del Club de Excursionistas Católicos de monseñor Lefebvre se cruzó con otro grupo del Club de Excursionistas Situacionistas.

—*¡In girum imus nocte!* —salmodiaban los primeros.

—*¿Et consumimur igni?* —preguntaron los otros.

Los dejamos con sus intercambios teóricos y penetramos en el refugio. La vieja cabaña, una de las más pintorescas del macizo, abandonada por los escaladores desde que se instaló el teleférico que permite «ahorrar» tres horas de caminata y acceder directamente a las vías de escalada, sólo es frecuentada por excursionistas y viejos nostálgicos.

Unas muchachas que se perseguían dando gritos nos empujaron violentamente.

—¡Suenan a neerlandés! —dijo Gastón, con tono de entendido.

El guarda nos saludó.

—¡Parece que esta noche también estaremos algo apretados!

Catherine suspiró hipócritamente.

—No parece desagradarte...

Carole estaba algo celosa, lo que no le impedía desear a esas encantadoras holandesas.

No teníamos ningún plan de escalada para el día siguiente: tan sólo veníamos a hojear el libro de piadas del refugio. Habíamos salido a final de la tarde, tomando el sendero por discreción. Después de más de dos horas de camino, nuestros estómagos empezaron a gritar bajo los jerséis.

—¡A comer! —avisó el guarda, que trataba de restablecer el orden en su casa—. ¡Menudas furias! —nos dijo riéndose—. Después de esto seguro que duermen bien...

Nos habíamos instalado cerca de las dos encantadoras chicas; éstas nos clavaron una mirada tunante, sin la más mínima muestra de pudor.

—¡Habrán que reconsiderar los pronósticos del guarda!

Les devolvimos la sonrisa. Se arrimaron a nosotros para dejar sitio a los demás. A través de la lana sentí un cuerpo vibrante y el insistente contacto de un pecho. Una mano se extravió accidentalmente sobre mi muslo, y allí se quedó... Mi pierna presionó aún más la de mi vecina. La mano se deslizó poco a poco hacia arriba...

Una vez despachada la cena, volví con el libro del refugio.

—¿Qué es eso? —preguntó una de las holandesas, sin acento alguno.

La miré fijamente, admirando la finura de su rostro nórdico, enmarcado por un pelo rubio ceniciento.

—¡Es un secreto que sólo puedo desvelar a cambio de un beso! —le respondí, sonriendo.

—¡Qué fácil!

Me atrajo lentamente hacia ella y posó sus bonitos labios, que olían a tulipán, sobre los míos, enrollando su lengua alrededor de la mía.

—Hum... Pues los montañeros apuntan en este libro cosas apasionantes que pueden volver a leer gustosos cuando regresan varios años más tarde...

—¿Puedo echar un vistazo?

—¡Naturalmente!

Inclinamos nuestras dos cabezas sobre el libro. Mientras lo hojeábamos, nuestros dedos se rozaban y su mano había retomado sus paseos por mi muslo. En la otra punta de la mesa, Carole y Catherine hundían ostensiblemente las narices en sus tisanas. Los quemadores proyectaban sombras en el cuarto, muy propicias a las exploraciones. Coloqué una mano sobre la costura del *short* y la deslicé hacia arriba. La cremallera estaba abierta. Introduje dos dedos hasta tocar los pelos sedosos. No pude ir más allá.

—¡Hay humedad en el aire!

Carole, que había seguido nuestros movimientos, adoptó un aire inocente.

No encontré en el registro la más mínima señal de Antoine de Colombin durante la primera quincena de agosto.

—¡Estoy seguro de haberle visto! —exclamó Gastón con cara de preocupación.

—¿Qué estáis buscando? —preguntó mi nueva amiga, que se llamaba Beatrix.

—¡Oh... nada! Sólo queríamos saber si un amigo había pasado por aquí.

Cogió el libro y lo hojeó, riéndose de la insipidez de los comentarios:

«Ayer, gran primera a la aguja de Blaitière: descenso del corredor *Spencer* en menos de dos minutos. Soy el único superviviente».

«Espolón *Frendo*, en la aguja del Midi, por una cordada de la Congregación de la Salvación: salida, 9 horas; bendición de los piolets, 9 horas 30 minutos; pérdida de los piolets, 9 horas 33 minutos».

«Tú que leías el periódico *Libération* en la tercera reunión de la Arista Norte del Peigne, cruzamos una mirada, me sonreíste. Me gustaría volver a verte. La cita es el próximo lunes en el quinto largo de los *Papillons*, llevaré el *Libé* bajo el brazo».

Decepcionado, eché un ojo distraídamente. De repente, reconocí la letra de Antoine, pero era del año anterior. No obstante, algo llamó mi atención: ¡estaba fechado a 5 de agosto!

—¡Espera!

Posé mi mano sobre el brazo de Beatrix. Carole se acercó.

—¡Parece muy reciente!

En efecto, la tinta parecía más fresca que la del resto de las inscripciones de la hoja.

—¡Oh! Otra descripción de vía: «... Después, hacer travesía, hacia la izquierda, por una placa con escasos agarres (V) e instalar la reunión sobre un resalte inclinado...».

—¿Cómo sabremos dónde es? —se impacientó Gastón mientras se mordía los labios por los nervios—. ¡Sólo dos largos! ¡Eso concuerda con decenas de vías de todo el macizo!

Beatrix nos miraba, atónita. Hice una señal a los otros tres para que fueran más discretos.

Catherine se levantó.

—¡Me voy a la cama!

Se estiró con la gracia de un joven rebeco y besó a todos en la boca, incluso a Beatrix, que le devolvió el beso con ardor.

Seguimos hablando en voz baja, buscando en nuestros recuerdos alguna vía de escalada que correspondiera a los dos largos de cuerda descritos. Beatrix se levantó y se juntó con sus amigas, que iban a acostarse.

—¡Harían falta un par de descripciones más! —suspiró Gastón.

Como guía de montaña que era, el enigma le había picado. El oro ya no le interesaba, ahora se trataba de una cuestión de honor.

—Vayámonos a la cama —propuso Carole—, me encuentro muy cansada.

La miré sorprendido: parecía estar en plena forma. El dormitorio era de reducidas dimensiones. Muchos estaban ya acostados.

—No encuentro a Catherine —cuchicheó Carole.

Nos acomodamos donde pudimos. Tras encontrar un sitio libre, Gastón nos dejó.

Una serie de sacos de plumas, enrollados al pie de las camas, cubría todo un zócalo. Quedaba una cama libre.

—Será cosa de las holandesas. ¡Y tú compórtate, golfo!

Carole me dirigió una sonrisa cómplice. La besé tiernamente.

—Te lo prometo, mamá.

Tras quitarnos la ropa nos acariciamos. No me cansaba de recorrer su vientre con mis manos, de encapuchar sus pechos con las palmas, y de sentir la vida de aquellos pequeños y calientes pajaritos. Nos dormimos abrazados el uno al otro.

Me desperté de repente, al contacto de un cuerpo desnudo pegado a mi espalda. Me di la vuelta lentamente para no despertar a Carole. Una boca trataba de contener su risa pegándose a la mía, mientras las patas de un ciempiés recorrían mi cuerpo. Reconocí a Beatrix. Estaba desnuda; la luz de la luna pintaba zonas blancas sobre sus curvas, confiriéndole un aire de antigua estatua griega. Otra chica me observaba, abrazada a Beatrix, con las manos perdidas en la oscuridad, ¡aunque no para todos! Beatrix se retorció en silencio. Me atrajo hacia ella y me colocó en medio de las dos. Carole permanecía inmóvil, profundamente dormida por lo que se veía. Perdido en la oscuridad avancé a tientas: estas señoritas parecían muy atareadas, aunque actuaban con un sigilo prodigioso.

«¡Ah! ¡Menudas cerdas!», pensé regocijándome encantado. Me entregué a cuerpo perdido a la refriega, sin consignas ni vuelta atrás posible.

Me introduje un instante en una boca que se abrió ante mi lengua. Todo ello olía al rocío que, al alba, galopa sobre los rododendros. Husmeaba como un animal. La ventana izquierda de mi nariz se encontró de frente con una teta, quise dar marcha atrás; ¡estaba aprisionado! Una barrera de glúteos alzados me cortaba el paso en toda

su anchura. Ataqué. Mi lengua se infiltró valiente en las filas del adversario. La barrera tembló sobre sus cimientos: acudían en mi socorro.

Vi la cabeza de Carole emerger poco a poco, antes de que fuera inexorablemente engullida. Sus brazos sobresalieron un instante y se pusieron a acariciar sin moderación todo lo que se les ponía a mano. Mi lengua se hundió en una cavidad con sabor a pastelillo de arándanos aderezado con un albaricoque relleno de savia: ésta salió a una velocidad de vértigo descendiendo a lo largo de los labios externos, giró alrededor del ano y, después, en el otro extremo, rodeó el clítoris, rozándolo.

En la vuelta número quince, un chaparrón interrumpió el desarrollo normal de la prueba; mi lengua derrapó trágicamente. La tempestad alcanzó las zonas adyacentes: de Carole, tan sólo se veía uno de sus encantadores pies —¡y tan fáciles de reconocer!— que una gran rubia estaba lamiendo, sentada sobre la cara de una de sus compañeras. Algunas breves palabras en esperanto trataron de coordinar el rescate de los supervivientes: algunos «gloglós», «slurp-slurp», un par de «¡mamá!» y escasos «¡prtt!». Carole desapareció en el tornado; la reacción en cadena se aceleró y los arroyos gorgoteantes se transformaron en torrentes impetuosos.

—En la montaña, nunca hay que fiarse de las tormentas... —murmuró Carole, mientras pasaba una apaciguadora lengua sobre la zona siniestrada.



## VII

Al día siguiente, un viernes, como no había prisa, nos levantamos tarde. Las holandesas se habían ido muy temprano de excursión por la espesura de los alrededores.

—Creí que era un sueño —murmuró Carole.

Me besó con ternura; nos revolcamos en las húmedas camas.

—¿Qué ocurrió? —pregunté inocente.

—¡Hipócrita! ¡Todo ha ocurrido por tu culpa! ¡Y yo que pensaba que odiabas las excursiones!

—Las excursiones sí, ¡pero no a las excursionistas!

Catherine y Gastón estaban sentados en una mesa. Comían con apetito las tostadas con margarina mientras bebían a sorbos el té sin colorantes del señor Twining.

—¿Habéis dormido bien? —preguntó Catherine.

—Es curioso, se oyó como un zumbido de mosquito en el cuarto... —dijo un pérfido Gastón. Nos echamos a reír.

Fuera, el sol daba de lleno en las agujas, la nieve tenía la blancura de un conocido detergente y la roca babeaba sobre ella sus torrentes de granito rojizo. Aquello era magnífico. Una foto de postal.

Descendimos en teleférico. ¿Y quién nos esperaba en la estación de llegada? Tío Pajot y su fiel Devissoux, tan graciosos con su disfraz número cinco del *Manuel Alpin* de la brigada criminal, edición de 1925, revisada en el 43. Pajot había cambiado su boina alpina por un gorro de lana *jacquard* tricotado a mano, y sus *tricounis* rivalizaban en elegancia con unos *alpenstock* modelo 1900. Devissoux se perdía dentro de una flamante chaqueta de plumas, que flotaba con holgura alrededor de su cuerpo. Una cuerda de cáñamo le ceñía el pecho. Parecía Jolly Whympfer regresando de la aguja Verte.



—¿Os vais a hacer unas escaladitas? —le preguntó amablemente Carole.

—Señorita de Colombin —comenzó el inspector quitándose por educación las gafas de esquí, ¡cómo me alegro de verla!

—En efecto, ¡qué casualidad más casual! —bromeó Gastón.

—Tengo una inflamación —¡no, perdón!— una información capital que comunicarle. Vayamos a mi coche.

Una vez instalados en la parte de atrás de la autocaravana de servicio, Pajot comenzó a hablar:

—Hemos localizado una banda de malhechores ligada a una red internacional de actividades múltiples, un *holding* del crimen: emisión de dinero falso, evasión fiscal, tráfico de divisas, de metales preciosos, de secretos industriales, infiltraciones en los círculos políticos, robos de escaparate, tortura de inocentes, falsos testimonios, saqueo a cepillos de iglesia, ¡están en todo! Su crueldad es legendaria, sus métodos de persuasión son muy sofisticados...

Carole se estremeció involuntariamente.

—Sólo puedo avisaros y aconsejaros, a usted y a sus amigos, que dejéis el asunto en manos de la policía para proteger vuestras vidas y vuestros bienes.

—¡Estoy en el paro y no tengo ni un duro! —intervine.

—No me refería a usted —me contestó severo Pajot—: usted no corre ningún peligro, ¡eso es evidente!

Me miró atentamente a través de su lupa y, al cabo de cinco minutos, declaró:

—¡Incluso creo que podría ser usted sospechoso, amigo mío! Señorita, yo... eh... yo...

Dentro del furgón el espacio era muy reducido. Carole, sentada cerca de Pajot, se apoyaba en él con malicia. Sudaba la gota gorda. Devissoux, por su parte, soportaba los asaltos de Catherine, cuya blusa presentaba un amplio escote.

—Yo... eh... ¡la mantendré al corriente! —terminó precipitadamente Pajot mientras abría la puerta. Se derrumbó sobre el macadán.

—¡Oh! ¡Inspector! ¿Se ha lastimado? —gritó Carole.

Se inclinó sobre él. El pobre casi se desmaya: los pechos de Carole, cuyo generoso escote revelaba toda su amplitud, se balanceaban a escasos centímetros de su cara. Le entraron ganas de sumergirse en ellos como en un librillo de multas sin estrenar.

—¡Tengo una cita urgente! —dijo reincorporándose—. ¡Vamos, Devissoux! ¡Muévase un poco, hombre! ¡Parece que acaba de ver al ministro del Interior vestido de bailarina en la cueva de Lourdes!

Se marcharon a toda prisa en dirección a los lavabos.

—Vayámonos a tomar una copa —sugirió Gastón.

El centro de Chamonix vomitaba sus turistas y sus escaladores de opereta, haciendo brillar su mugre ante la indiferente mirada de los curiosos.

—¡Anda! ¡Pero si son Bélaut y Bousier!

Carole nos mostró con el dedo a las estrellas del *free-climbing* francófono.

—Han debido completar sus ciento veinte flexiones diarias, parecen estar reventados —dijo Gastón riéndose.

—A no ser que acaben de volver del gran concurso de las *Ventouses chevelues*<sup>[4]</sup>, en los Gaillands; era hoy, ¿no?

—¡Habrá que ir a ver eso! —prometió Gastón—. Les tiraremos cacahuets.

—¡Cuidado! ¡Escondeos!

Los empujé a todos hacia la entrada de una tienda de frivolidades, en la esquina de una calle. A través de los escaparates, podíamos ver a Beatrix, superponiéndose a unos atractivos modelos de ropa interior, que conversaba animada con un tipo de cara poco amigable que nos resultaba familiar.

—¡Es él! ¡Estoy segura! —dijo Carole emocionada.

—¿A quién te refieres? —preguntó Gastón.

—¡Al jefe de los que nos agredieron anteayer por la noche! Y probablemente uno de los que atormentaban a mi padre... ¿Qué puede estar haciendo Beatrix con ese

crápula?

—Es decepcionante que una chica como ella esté metida en estos tejemanejes —  
refunfuñé, asqueado.

—Sabes, de la artimaña al tejemaneje, ¡sólo hay un paso!

Los dos cómplices se separaron.

—¡Sigámosla!

Beatrix se subió a un dos caballos conducido por su amiga. Nos precipitamos hacia el golf. Como en una serie americana, Gastón encendió un Peter Stuyvesant, y los neumáticos chirriaron en la primera curva. El dos caballos aceleró a la salida de Chamonix, tomando la vieja carretera de los Bossons.

—Se dirigen a los Gaillands.

El dos caballos aparcó al pie de las paredes. Las dos chicas se bajaron con las bragas en la mano. Se quitaron los vestidos a toda prisa y se pusieron el atuendo de escalada: *minishort* y arnés.



—¡Qué chicas tan guapas! —exclamó Gastón.

Unas matronas que estaban haciendo punto al pie de las rocas creyeron que el cumplido era para ellas y se sonrojaron hasta las orejas.

—¿Las seguimos?

Las dos chicas se dirigieron hacia las paredes.

El concurso de las *Ventouses chevelues* estaba en su apogeo. Al pie de la vía, varios charcos de sangre indicaban los puntos de impacto de los candidatos eliminados.

Las reglas de la competición eran simples: ni clavos, ni mosquetones, ni cuerda; gana el más rápido. Dos competidores estaban a punto de partir, un pie sobre la roca, los dedos y la punta de las botas embadurnados con resina para mejorar la adherencia, y un pañuelo en la frente. El árbitro, cronómetro en mano, dio el pitido de salida. Los dos escaladores se lanzaron al ataque de la placa tumbada, de una veintena de metros de altura.

—Es AD —nos dijo un espectador, admirativo—. ¿Habéis visto? El de la izquierda está cogiendo ventaja: ¡he apostado por él!

A mitad de recorrido, éste dio un paso en falso y cayó rodando. ¡Pías! Se retorció unos instantes y, acto seguido, trató de reemprender la escalada pese a que chorreaba sangre por todas partes.

—¡Toda caída supone la descalificación! —le gritó el árbitro, apartándole sin contemplaciones.

El tipo que había apostado por él se alejó, decepcionado.

—¡Seguro que iba dopado! Perdí cien francos...

El otro escalador arrancó el banderín tricolor, al final de la placa.

—¡Tres minutos, cinco segundos y nueve décimas! El mejor tiempo del día —clamó el árbitro.

—¡Ha vencido a Bélaut! —dijo alguien.

—¿Cómo se llama? —preguntó Gastón.

—Philippe Marlaud.

—No le conozco.

Habíamos perdido de vista a nuestras dos holandesas.

—¡Allí arriba! En el diedro rojo.

Beatrix, en cabeza de cuerda, acababa de superar el borde somital del diedro.

—Cacémoslas a su llegada: ahora es el momento, todos están con el vencedor.

Por el camino, enseguida alcanzamos a Beatrix.

—¡Dejadme! ¡Dejadme! ¡Iros!

Parecía muy asustada.

—¡No es para ponerse así, no te vamos a comer! —dijo Catherine riéndose a carcajadas—. Aunque...

Pasó una lengua provocativa sobre sus labios. La otra holandesa, Ingrid, salió del diedro. Nos ofreció una generosa sonrisa.

—¡Caray! ¡Menuda cara se te ha quedado! —le dijo a Beatrix.

—¡Venid! Os llevamos a casa —propuso Carole en un tono alegre.

Abajo, una ambulancia venía a recoger al competidor herido; el presidente del jurado entregaba el trofeo al afortunado vencedor: una ventosa de acero cromado, la más alta distinción de los concursos de escalada.

Me subí con Gastón en el dos caballos.

Una vez en el chalet, Carole cogió a la holandesa por el brazo; Beatrix temblaba como una hoja.

—Parece que no se encuentra bien, voy a llevarla al cuarto de baño. Ven conmigo, Pierre. Gastón y Catherine, servid algo de beber a Ingrid: los aperitivos están dentro del televisor.

Rodeamos a Beatrix, dispuestos a contrarrestar cualquier intento de fuga. Una vez en el cuarto de baño, echamos el cerrojo...

—A ver, guapa, ¿puedes contarnos lo que le estabas diciendo antes a tu amiguito?

—Yo... no sé de quién estáis hablando.

—¡Espera! ¡Vamos a refrescarte la memoria, zorra!

Gastón había puesto un disco de los Sex Climbers a todo volumen.

—¡Pierre! ¡Ayúdame a quitarle la ropa!

Beatrix se debatía. Le quité la camiseta. Sus pechos quedaron al descubierto. Carole le bajó el *minishort*, arañándole las nalgas, que se retorcían.

—¡Me hacéis daño!

—¡Habla entonces!

—No sé nada.

Beatrix se deshizo en lágrimas.

—Métete en la bañera, no hay nada como una buena ducha helada para reactivar las células grises.

Carole, encolerizada, ajustó el sifón para obtener el chorro más fino y abrió el grifo a tope.

—¡Parad! ¡Parad! Os lo suplico... ¡Oh... me matará si se entera!

Beatrix se desplomó en la bañera entre sollozos. Carole cerró el grifo, desengañada. La secó con ternura.

—¿Sabes?, no tenía intención de brutalizarte, era sólo para asustarte.

Beatrix puso su cabeza sobre el hombro de Carole y se apretujó contra ella.

—Ahora no me dejéis sola...

—¡Claro que no! Pero cuéntanos.

Carole la abrazó largamente.

—Conocí a Igor —se presentó a mí con ese nombre— hace varios días. Prometió darme dinero si os vigilaba y le contaba todo.

—¿Y aceptaste?

—Me hizo creer que quería gastaros una broma y que estaba esperando el momento adecuado.

—¿Te has tragado eso?

—Parecía tan bueno... Y era... muy convincente —añadió suspirando.

—Pero ¿cómo nos has reconocido?

—Igor me dio unas fotos de vosotros dos y de Catherine. Ayer, cuando os vi tomar el sendero del refugio, me subí a un vagón: además, mis amigas debían quedarse a dormir en el refugio esa misma noche, ¡me venía de perilla!

—Ahora que lo pienso —dijo de repente Carole—, así fue como se enteraron de que saldríamos hacia el refugio del Couvercle.

—Sí —admitió Beatrix—. Fue esta tarde cuando empecé a darme cuenta de que Igor me estaba mintiendo, cuando le hablé del libro de piadas del refugio que tanto parecía interesarnos.

—¡Le has hablado del libro!

—Entonces me obligó a contarlo todo; y como me mostraba reacia, me amenazó. Le devolví su dinero diciéndole que no quería volver a saber nada de él. Me contestó que me sucedería algo grave si contaba cualquier cosa... Tengo mucho miedo... Se volvió tan malvado, de repente...

Beatrix estaba aterrorizada. Conseguimos tranquilizarla con nuestras caricias.

—Por cierto —pregunté—, ¿dónde te citaba?

—En el Tohu Bohu, una discoteca que está en la carretera que lleva a Argentière... Debería estar allí esta noche.

A la entrada del Tohu Bohu la música nos acosó brutalmente. La orquesta tocaba el último éxito de la música disco: *Le Ranz des vaches*, de un joven compositor italiano desconocido. Era un lugar sórdido, no se veía a más de dos metros. Habíamos dejado a las dos holandesas en casa.

A nuestra llegada, un tipo se esfumó discretamente. Nos acomodamos en la esquina más oscura, frente a la entrada.

Algunas chicas estaban bailando, casi tan ligeras de ropa como las del Crazy Mountaineer Saloon. Una única diferencia: la media de edad rondaba los sesenta años.

Una camarera masajista nos atendió al cabo de media hora.

—¿Qué queréis tomar, guapos?

—Tres limonadas y un *whisky* para el pequeño.

—El *whisky*, ¿se lo sirvo en un biberón? —le preguntó a Gastón.

—¡Todo depende del biberón! —replicó mirando de reojo el pecho de la chica, ataviada con dos pequeñas estrellas brillantes.

—Dígame, ¿conoce usted a un tal Igor?

—¿Igor Haggard? Sé quien es; suele venir más tarde.

Dos horas después, las limonadas se habían solidificado en el fondo de los vasos.

—Nos vamos...

Cuando llegamos al chalet, un extraño silencio planeaba alrededor de los rollizos, que se contenían de crujir para no perturbarlo.

—Quizá estén acostadas.

—De todas formas, el dos caballos sigue ahí.

Por prudencia, entramos por el sótano. El silencio se hacía cada vez más agobiante. Visitamos los diferentes cuartos de la casa. Un grito. Corrimos hacia la cocina. Catherine, pálida por el terror, permanecía junto a dos cuerpos ensangrentados.

—¡Qué horror!

Carole, que había cursado Medicina antes de volverse ociosa a jornada completa, se inclinó sobre los cuerpos.

—No es nada; les pusieron una inyección para dormir las y las heridas son superficiales. Ayudadme.

Llevamos a las dos chicas al cuarto de baño; tras lavarlas, las acostamos en la cama de Carole.

Gastón trajo un colchón más. Colocamos a las chicas en el centro. Carole y Catherine se pusieron cada una a un lado, con el pretexto de ofrecer cuidados.

Gastón y yo nos tuvimos que conformar con los bordes de la cama.

—¡Voy a probar el boca a boca!

Catherine se puso sobre «su» enferma, abrió la boca inerte con su lengua y se puso a bombear, sin efecto aparente.

—Deberías probar más abajo —aconsejó Gastón—, quizá esté montada del revés.

—¿Tú crees? —preguntó la ingenua; se dio rápidamente la vuelta y desapareció entre los rizos rubios. El efecto fue inmediato: Ingrid empezó a suspirar lentamente.

Carole, a la vista del inesperado éxito de este método, le aplicó sus principios a Beatrix, que enseguida abrió los ojos.

—La historia de la Medicina acaba de dar un gran paso adelante —dije con una risa sarcástica.

Tras unos consuelos algo más sustanciales, las dos chicas pudieron hablar.

—Era Igor... —empezó Beatrix—, y cuatro tipos enmascarados. Nos sorprendieron en el salón.

—¿No le oísteis entrar?

—No... Estábamos... ocupadas —dijo Ingrid sonrojándose.

—Igor parecía muy enfadado y me recordó sus promesas. Sus hombres nos redujeron y, después, Igor nos puso una inyección; creí que quería matarnos; luego, todo empezó a dar vueltas.

Las dos chicas temblaban.

—¿Qué historia de locos es ésta? —gritó Ingrid, al borde de una crisis nerviosa.

—Me temo que Beatrix ha metido las narices en un asunto muy feo —dije—, sería mejor que cambiarais de aires lo antes posible. La próxima vez, Igor y sus matones no se conformarán con un simple aviso...

—Eso también va por nosotros —concluyó Catherine.

## VIII

Mientras descansábamos de todas estas emociones, el inspector Pajot desveló a su mujer los secretos de sus últimas investigaciones.

—Dime, ¿les has puesto la mano encima a esos matones? —gruñó Radegonde mientras añadía una pasada a su aguja de tricotar.

—¡Pero so maruja! ¡Déjame algo de tiempo! Aún estoy elaborando hipótesis... —se quejó Óscar.

—¡Algo de tiempo! ¡Algo de tiempo! ¡So vago, inútil! ¡Bofetadas, eso es lo que te mereces! ¡Y el estúpido de Devissoux también!

La autocaravana temblaba por la ira masculina de Radegonde. Encerrado en su tienda canadiense, el fiel Devissoux se dejaba llevar por sueños de promoción a los que se unían los rasgos de Catherine superponiéndose a los de la esposa de su superior, amada en secreto.

—Escucha... —prosiguió Óscar—. ¡Todo es extraño en este caso! El suicidio de Colombin, la presencia de la banda de Igor, e incluso la actitud de Carole, muy reacia a colaborar con nosotros. Resumiendo...

—¡Venga!

Los bigudíes de Radegonde chirriaron contra la chapa.

—¡Ya te he dicho que no soportaba ese ruido! —se exasperó Óscar.

—¡Cierra el pico!

Radegonde atacó vigorosamente su *jacquard*: estaba haciendo un jersey para el guapo Devissoux, a quien amaba en secreto. «Tic, tic, tic, tic, tic, tic...» sonaban las agujas en el fondo de su corazón.

—Sabemos de Colombin que traficaba con algo, aunque nunca pudimos demostrarlo. Por lo tanto, es posible que haya oro en juego, lo que explicaría las reticencias de Carole, decidida a recuperarlo. Sin embargo, la banda de Igor no haría el viaje por unas decenas —incluso centenas— de kilos de oro... Y estamos seguros de que el tráfico de su padre era modesto: tiene que haber algo más, ¿pero qué?

—¿Amor? —sugirió inocentemente Radegonde, arrugando con su gran trasero un número de *La Veillée des Chaumières*.

Óscar se encogió de hombros.

—Lo mejor sería continuar con el seguimiento de unos y otros: acabarán desvelando su juego en algún momento.

—¡Qué condenadamente inútil eres!

—Quisiera verte en mi lugar... —protestó el inspector.

—Por cierto, ¿cómo es esa tal Carole? ¡Dicen que es una tirada de mucho cuidado!

—¡Oh, ella!... ni siquiera me he fijado.

Al recordar los pechos de Carole, muy cerca de su rostro, el sexo juramentado se conmovió ligeramente en el fondo de sus calzoncillos de servicio.

—¡Ven, Radegonde! —dijo Óscar acalorado.

—¿Estás loco o qué? ¡Obseso! ¡Ya lo hicimos el pasado mes, asqueroso! ¡Degenerado! ¡Eclesiástico!

Los bigudíes chirriaron de indignación. Pero Óscar, calentado por sus visiones internas, no quiso saber nada. Le arrancó el jersey de punto y tumbó a su digna mujer sobre la cama que él mismo había chapuceado durante su tiempo de ocio.

—Al menos quítate las botas de clavos y las gafas de esquí.

Óscar ya no podía controlarse; levantó faldas, faldillas, refajos, bajó las bragas bombachas, se perdió en los lazos del corsé, se pinchó con los bigudíes. En sus ojos flotaban las armoniosas curvas de la bella Carole. Radegonde era seca de carácter y flácida de cuerpo. Toda su figura estaba deformada por el excesivo tiempo dedicado a la labor del punto, el único deporte que practicaba. A la vista de las hinchazones, de los repliegues, sinclinales y anticlinales, de la flaccidez de las carnes, de los mofletes rojizos, el garrote de Óscar perdió algo de su rigidez. Radegonde, furiosa, lo molió a palos:

—¡Inútil! ¡Mirón! ¡Picoletto! ¡Antidisturbios! ¡Pies planos! ¡No vales más que tu Devissoux!

—¿Que quién?

—Eh... es una imagen retórica.

Sintiéndose herido en su orgullo, Óscar comenzó a atizar (nunca mejor dicho) a su deliciosa mitad, tratando de conducirla, a rienda suelta, al... ¿cómo era aquella palabra?... ¡Ah, sí!, al orgasmo, tal y como preconiza un libro que había adquirido a escondidas en la cooperativa de la Policía.

Radegonde permanecía inerte ante los golpes bruscos; éstos sacudían sus carnes flácidas, remontaban hasta el cuello y descendían de nuevo chocando en cadencia contra las siguientes ondulaciones.

—La marea sube... —murmuró Óscar—. ¡Ah... Carole! ¡Carole!

—¿Qué estás diciendo? —rugió Radegonde, que tenía el oído fino a falta de otras cualidades.

—¡Ah! ¡Radegonde! ¡Radegonde! —prosiguió con prudencia.

El ritmo se aceleró unilateralmente; Óscar se desplomó brutalmente y se durmió.

Devissoux, con una sonrisa beatífica en los labios, retiró su mano del edredón y se hundió cómodamente en sus elefantes rosas. La imagen de su querida se esfumó.

En la cima calva del Cristo-Rey, que en lo alto de sus sesenta metros domina el valle desde las pendientes del Brévent, brillaba un pequeño punto luminoso en la noche.

—¡Apaga el cigarrillo, imbécil! —ordenó Igor con una voz cortante—. ¿Acaso quieres que nos descubran?

—Aún no se ve nada —dijo alguien.

Igor pegó su ojo al objetivo del telescopio. El chalet de Carole estaba a oscuras.

—¡Seguro que han recibido los paquetes! —se rió. Sus falanges crujieron siniestras.

—¡Nos vamos! —dijo bruscamente—, no averiguaremos nada más esta noche.

—¡Jefe! ¡Jefe! —avisó regocijándose uno de los hombres—. He pescado algo gracioso.

Igor se precipitó. La lente apuntaba hacia Les Houches. Igor enfocó la imagen. El potente aumento del aparato le proyectó al interior de un cuarto violentamente iluminado, donde estaba teniendo lugar una *fondue savoyarde*. Varios cuerpos desnudos y entremezclados cubrían el suelo. Algunos individuos practicaban el «piolet solitario». En una esquina, pies contra cabeza, dos mujeres jugaban al ecarté. Un hombre se agitaba fogosamente sobre la espalda de otro, que estaba galanteando a una jovencísima chica cuyo rostro había desaparecido bajo las nalgas de una de sus amigas, que mamaba de los pechos de una mujer de más edad, mientras ésta se dejaba taladrar por un musculoso atleta... La pirámide temblaba como un flan de cafetería.

—Se van a romper los cuernos —dijo Igor riéndose. Acto seguido empezó a refunfuñar—. Cuando pienso que estamos aquí, helándonos...

Tuvo ganas de apuntar con su fusil de precisión y de cargarse a aquellas marionetas una por una —era un sádico cromosómico—.

—¡Ya basta de tonterías! —rechinó—, ¡vamos a bajar!

Una cuerda colgaba de la fontanela del niño Jesús de hormigón. Penetraron por tumos en la cabeza, un desván abandonado que habían convertido en su cuartel general.

—Él es el cerebro —dijo uno de los hombres.

Una vez reunidos, los bandidos se sometieron a una tormenta de ideas.

—Propongo que los torturemos con electricidad —sugirió el más obtuso, que había luchado en la guerra de Argelia con los paracomandos.

—Podríamos someterlos al taladro Black and Decker —dijo otro, más refinado—: dicen que es uno de los métodos que se utilizan ahora en el gremio; hacerse con el material no supone ningún problema, se puede encontrar en cualquier tienda de bricolaje.

—¿Y si probáramos con la lijadora eléctrica...? —sugirió un tercer hombre, carente de imaginación.

—Habría que castrar a los tíos, eso desbloquearía a las chicas —propuso el último, que había luchado en Indochina con la legión— o cortar los pechos de las tías en rodajas, así hablarían los tíos...

—¡Me pregunto de qué sirve sacrificarse tanto para que asistáis a cursos de formación continua! —gruñó Igor—. Intentamos inculcaros la psicología, la dinámica de grupo, os hacen practicar la expresión corporal, la meditación trascendental, ¿y todo eso para qué, eh?! Para seguir escuchando las mismas burradas de siempre.

—Bueno, ¿qué propone usted, jefe? —preguntó Cravachol.

—¡Sí, jefe! Es usted el más inteligente; ¡asistió a un cursillo para ser jefe, jefe! —añadió Robert.

—Si nos los cargamos, banda de ceporros, ¿cómo queréis que echemos el guante al...?

—¿Qué estamos buscando? —interrumpió Barrabrás—. Yo creía que estábamos de vacaciones, que hacíamos todo esto por placer.

Igor se encogió de hombros: para la acción, eran unos tipos inigualables, entrenados, unos peleones de primera; pero en cuestión de coco, andaban algo faltos de aminoácidos.

—Tenemos suficiente material sofisticado para vigilarles discretamente: *microboomerang*, descodificadores de sueños, husmeadores electrónicos de viejas pistas. Habéis asistido a unas prácticas de empresa para aprender a utilizarlos; es el momento de mostrar de lo que sois capaces. Una vez que nos hayan conducido hasta nuestro objetivo, lo único que tendremos que hacer será recuperar el botín.

—¡Es increíble! —reconoció el excombatiente de Indochina—; jamás se me hubiera ocurrido, ¡le doy mi palabra!



## IX

Nos miramos, más bien confusos. ¡No hay ningún rastro del paso de Antoine por el refugio en el libro! Acabábamos de llegar al Albert I, el último refugio en el que Gastón recordaba haber visto al padre de Carole.

—Volvamos para abajo —propuse.

—Ya que hemos subido hasta aquí —dijo Carole con una voz emocionada— me gustaría escalar la arista sur de la aguja *Purtscheller*. Era una de las escaladas preferidas de papá y una de las pocas que hemos hecho juntos...

Carole derramó algunas lágrimas, inclinando la cabeza sobre mi hombro, y Catherine le acarició el pelo.

—Hoy se cumple una semana... —murmuró Carole.

Observamos en silencio el glaciar del Tour, que adoptaba aires de monstruo mitológico bajo la luz de los últimos rayos de sol. Gozamos de un tiempo excepcional durante toda la semana. Repasé brevemente lo acontecido: mi encuentro con Carole y Catherine, la banda que nos acosaba, la existencia de un depósito de oro ¡escondido en una vía que podría estar muy cerca de aquí! Todo ello daba vueltas en mi cabeza de veraneante necesitado...

Por la noche, el guarda, que quería «llenar huecos», nos separó autoritariamente. Me deslicé con discreción entre dos durmientes. Disponía de un amplio espacio y estaba a punto de acostarme, tumbado sobre el costado derecho, cuando oí un perfume sin duda femenino. Al ocultar la luz de mi linterna frontal con la mano, pude ver a una mujer muy bella, cuyo sueño había descolocado la manta que la cubría; debido al calor que hacía en el cuarto, tan sólo llevaba ropa interior. La luz débil corría por su cuerpo como una caricia. ¡Ya no tenía ningunas ganas de dormir! Apagué la frontal.

Acerqué progresivamente mi cara a la suya mediante ligeros movimientos hasta respirar su aliento. Mi corazón latía muy deprisa. Me arrimé más aún y rocé su nariz con la mía. Aguanté la respiración y acentué así la presión; echando la cabeza hacia atrás, conseguí colocar mis labios tan cerca de los suyos que podía beber de su perfumada respiración. Mi situación tendía deliciosamente a la locura: unos milímetros más y mis labios se toparían con el borde mullido de su boca. Estaba prolongando ese momento de indecisión cuando la durmiente hizo un movimiento involuntario que dejó su boca contra la mía.

Sus labios eran suaves, algo reseca por el sueño; los recorrí larga y lentamente y los presioné, apreciando la pulpa hinchada. Pasó el tiempo, interminable, sin que hiciera más movimientos. ¡Me parecía increíble que aún pudiera seguir durmiendo! Me aventuré a pasar con timidez mi lengua sobre sus dientes. Me giré hacia ella. Mis dedos se posaron sobre su muslo, cuya piel caliente palpitaba con regularidad.

Forcé la barrera de dientes; ésta no opuso ninguna resistencia a mi beso y siguió respirando tranquila. Su lengua permanecía inerte. La aspiré. Al mismo tiempo, mi

mano remontaba a lo largo del muslo. Llegué a las bragas, hechas con puntos de nailon muy sueltos que dejaban escapar algunos pelos. Presioné ligeramente su entrepierna. Otro movimiento que hizo mientras dormía me permitió introducir un dedo bajo la tela. Su sexo estaba húmedo. Mi dedo índice trazó su contorno, suavemente, antes de introducirse de golpe en lo más profundo. La mujer seguía inmóvil, ¡su respiración reflejaba la misma tranquilidad que en el día de su primera comunión! Dudaba de la realidad de la situación. De repente, mi dedo índice notó el contacto de otro dedo que no era mío... Me bloqueé. El pequeño figón se retiró un instante, volvió de nuevo, más decidido, y se clavó con cierta brutalidad al lado del mío. Quiriendo hacerle comprender que el sitio estaba ocupado, traté de expulsarlo: tras unos instantes de negociación, llegamos a un acuerdo satisfactorio y el órgano desconocido se fue a ocupar el terreno de al lado, más accesible desde su posición...

Aprovechando la tregua y la inmovilidad propicia y cómplice de la mujer, acerqué mi verga, tiesa por la extraordinaria excitación, al orificio lubricado y la penetré con calma. Sentía las idas y venidas del dedo extraño a lo largo del perineo. El orificio, muy elástico, respondía a nuestros movimientos a contratiempo. Después el dedo desapareció.

Se produjo un movimiento al otro lado de la durmiente cuando sentí la caricia de un aliento cálido sobre mi escroto, mientras una lengua escudriñaba los rincones extremos. Ésta derrapaba de vez en cuando al lamer la base de mi instrumento o explorando discretamente las inmediaciones de mi campo de investigación. Todo ello me excitó de manera prodigiosa.

Trataba de pensar en situaciones no eróticas, como preconiza Isidore Isou para conseguir retrasar el momento de perdición de uno mismo. La lengua, tras humidificar aceptablemente el terreno medianero, se retiró, y una verga se arrimó a la mía. El glande, duro y suave, chocó contra mi miembro y se introdujo en el orificio vecino, estrechando el espacio del que disponía; se impuso un ritmo del cual la mujer parecía totalmente ausente; ¡aparentaba la misma inmovilidad adormecida!

El placer me invadió y mi lengua se enraizó a su paladar. Por su lado, el instrumento cómplice se crispó.

A medida que las tensiones se iban disipando, me fui quedando dormido, hasta caer como un plomo.

—¿Qué buscas? —preguntó Carole dándome un beso.

—¡Oh, nada! Estoy mirando qué tiempo hace.

Al fondo de la gran sala, una mujer joven me miraba fijamente. Le sonreí. ¿Era ella? Difícil de saber...

—¿Cómo la encuentras? —me preguntó Carole con cierta malicia.

—¡No está nada mal! ¿La conoces?

—Es la hija de Sigismond, el fabricante de material al que acudía mi padre para

forjar sus clavos de aleación especial.

Era hora de irse, las estrellas empezaban a perder brillo por el este.

Fuera, la nieve crujía bajo nuestros pasos como la caja torácica de un tuberculoso. Las cumbres de los alrededores tenían cierto aire a esos decorados de cartón-piedra montados apresuradamente. El sol empezaba a salir cuando iniciamos el ataque a la arista sur de la *Purtscheller*.

Partí en cabeza de cuerda; el primer contacto con la roca es siempre doloroso, la notas reacia, viciosa incluso.

Las fisuras tenían algo de hielo.

—¡Qué frío!

Agité con energía los dedos para reactivar la circulación. Éstos hicieron un ruido de botellas de vidrio cayendo por el tubo de un vertedero de basuras.

Hacia la mitad de la vía, cuando me estaba restableciendo sobre una laja despegada, a la salida de un diedro puñetero, Carole, treinta metros más abajo, comenzó a darme conversación:

—A mi padre se le cayeron unos clavos en la grieta, sobre un saliente; ¡se puso como una fiera! ¿Los ves?

Me asomé; en efecto, había una veintena de clavos atascados en el fondo de la fisura, inaccesibles.

—¡Son imposibles de recuperar! —grité contra el viento.

En el interior de la grieta, sobre un saliente, un tubo de aluminio atrajo mi mirada; iba a arrojarlo al vacío cuando me retuvo un pequeño ruido. Lo metí en mi bolsillo. En la reunión, Catherine y Gastón pasaron delante. Después llegaría la cima, la recompensa merecida y sin interés de nuestros inútiles esfuerzos.

Os ahorraré la descripción del paisaje; ¡era soberbio! Mientras buscaba mi pañuelo, mi mano dio con el tubo. Lo saqué: era el envase de una caja de comprimidos de vitamina C.

—Parece que hay algo dentro.

—¡A ver!

Carole abrió el tubo; un pequeño papel salió de él.

Lo desplegó:

—¡Es la continuación! —gritó Carole—. Escuchad: «Tras un desplome (IV+), escalar una fisura atlética que supone el paso clave de la vía. Restablecerse sobre la gran repisa que corta toda la cara...».

Gastón pataleaba de impaciencia.

—¡No veo cuál puede ser! ¡No veo cuál! Y odio las adivinanzas...

—Sin embargo, la nota reduce bastante el abanico de posibilidades... —intervino Catherine.

Durante el descenso, lo discutimos animosamente.

—Ahora que lo pienso —dije—, ¿y si la vía no estuviera en este macizo? Antoine pudo eclipsarse cinco o seis días.

La consistencia de la nieve había cambiado bajo el sol: las costillas del tuberculoso habían cedido: ahora chapoteábamos en sus pulmones. Carole, que caminaba delante de mí, se detuvo bruscamente:

—Ya sé: ¡Es la vía *Madier* de la cara sur de la Dibona, en Oisans!

Gastón rugió de rabia, lanzando su piolet con gestos preocupantes; temí un instante que el sol hubiera cortado la nata que llena su cráneo.

—¡Claro que sí! ¡Claro que sí!

—¡Estábamos obnubilados por Chamonix, cuando lo que había que hacer era ampliar la búsqueda! —exclamó Catherine.

—Está loco por haber escondido su oro allí: ¡es una verdadera autopista! Es inútil que vayamos, el primer tío que pase por allí sólo tendrá que agacharse a recogerlo...

Estaba un poco decepcionado con Antoine, lo creía más espabilado: era como si hubiera guardado su tesoro en la consigna de una estación con las llaves puestas en la cerradura.

En el refugio, la hija de Sigismond descansaba cómodamente en bikini tumbada sobre las piedras de la terraza. Nos hizo una señal discreta.

—Carole, quería hablar contigo. Hace poco vinieron unos tipos preguntando por mi padre. Al principio creyó que eran policías que venían a investigar la muerte de Antoine, pero le parecieron sospechosos y se negó a hablar...

—¿Ha utilizado mi padre el taller de tu padre, últimamente?

—A principios de mes, ¡se pasó allí dos noches seguidas!

—¿Sabes qué pudo haber estado trajinando?

—Ni idea; cerró con llave y pidió a papá que le dejara solo; ¡no acostumbraba a hacerlo! Es curioso, pero los tipos le hicieron la misma pregunta. Qué historia tan extraña, ¿no le parece, señor? —terminó, volviéndose hacia mí.

—¡Ah!... eh... sí... claro, por supuesto...

¡Estaba seguro de que era ella! Reconocí el perfume.

—Es curioso —prosiguió sonriendo—, tengo la impresión de habernos visto antes...

## X

Estábamos impacientes por salir hacia el valle de La Béarde, donde se encuentra la aguja Dibona. Descendimos desde el Albert I a toda marcha, cortando por la morrena del glaciar del Tour.

—*Paseando por la morrena con mis zuecos...* —canturreaba.

—¡Dónde habrá escondido el maldito oro! —refunfuñaba Gastón, largando fuertes y rabiosas patadas a las gencianas.

—En el lugar que cualquiera habría elegido, ¡bajo un pedrusco! —replicó Catherine.

Carole, por su parte, mostraba un optimismo desbordante:

—Mi padre tuvo que idear algún truco; ¡le apasionaba Arsène Lupin!

En Chamonix, nos precipitamos al supermercado Edelweiss Discount.

—¡No olvides las pastas de frutas ni los turrónes! —bromeó Carole.

—Voy a por un cartón de esos cigarrillos que huelen mal, para fastidiar a mi amigo Pierrot —añadió Catherine con malicia.

Regresamos al coche cargados con productos de primera necesidad imprescindibles para esas largas expediciones en tierras lejanas: barras de regaliz, cintas estéreo, sopas de sobre, novelas policíacas...

—¡Creo que aguantaremos toda la semana! —exclamé satisfecho.

—¡Anda, ahí van Tintín y Milú! —se rió Gastón, al ver correr al inspector y a su fiel adjunto.

El coche de policía arrancó a toda velocidad; una ambulancia del SAMU salió tras él.

—¡Van hacia los Gaillands! Ha habido un accidente.

—¡Sigámosles! —dijo Carole, de repente preocupada.

Llegamos a las paredes casi al mismo tiempo. Una muchedumbre de domingueros se apiñaba a pie de roca como frente al escaparate de una tienda estatal polaca.

Pajot nos reconoció y nos hizo una señal para que le siguiéramos. Los ambulancieros sacaron dos camillas apresuradamente.

—Una cordada se ha reventado contra el suelo —comentó siniestramente Catherine—. Ojalá...

No terminó la frase: habíamos llegado al lugar del drama.

—¡Ingrid y Beatrix! Dios mío...

Carole apartó la mirada y me abrazó.

—Es espantoso... —dijo Gastón con la voz emocionada—. Creía que habían dejado la región.

Las dos chicas se retiraron titubeando y se sentaron sobre un bloque apartado, cubriéndose el rostro con las manos. Pajot vino hacia nosotros:

—¿Las conocíais?

—Son unas holandesas que conocimos en la montaña. ¿Qué ha ocurrido?

—Parece que ha sido un «despeñamiento», como usted lo llama. No hay mucha gente en esta parte de la montaña: los escasos testigos oyeron un fuerte grito y vieron dos cuerpos dar vueltas y estrellarse aquí...

Las dos muertas yacían sobre el costado. Había algo de sangre: parecían dormidas. Los ambulancieros extendieron una manta sobre los cuerpos. Descendimos para reunirnos con Carole y Catherine, que habían regresado al coche.

—¿Te has dado cuenta? —pregunté a Gastón.

—No, ¿de qué?

—Estaban encordadas pero no llevaban material alguno: ni mosquetones, ni cintas, ni empotradores...

—¿Y entonces?

—Por lo que yo sé, Ingrid y Beatrix no practicaban el solo integral... ¿Has visto alguna vez a un escalador normal meterse sin material en una pared de sesenta metros?

—¡Por el barril de san Bernardo! ¡Tienes razón! ¿Tú qué opinas?

—¡Las han empujado desde arriba! Otra cosa: su coche no está en el aparcamiento. Es probable que las hayan interceptado cuando se disponían a dejar el valle; se deshicieron de ellas tras hacerlas hablar.

—¡Igor! —gruñó Gastón, apretando dientes y puños—. Como le ponga las manos encima...

—Ni una palabra a las chicas —le recomendé—, habrá que estar alerta.

Estábamos a punto de irnos cuando la grotesca silueta de Pajot corrió hacia nosotros. No estábamos para risas, ni siquiera cuando se estampó contra el suelo tras tropezar con sus *tricounis* en un pedrusco vicioso.

—¡Un momento!... —dijo sin aliento—. Tal vez necesite que declaréis: parece que sois los únicos que las conocían...

—Formaban parte de un grupo de chicas excursionistas: localizará seguramente a sus amigas —contesté precipitadamente.

—¡Permaneced a nuestra disposición de todos modos!

—Eso nos viene mal, nos marchamos unos días a Oisans...

—¿Tenéis alguna dirección en la que pueda encontraros? ¿Algún número de teléfono?

—¿No querrá usted también mi grupo sanguíneo? —pregunté exasperado.

—¡Siempre puede ser útil! —respondió el inspector—. ¡Apunte, Devissoux!

—Vamos a acampar y a escalar durante varios días —intervino Carole dirigiéndole una sonrisa capaz de derretir una pella de mantequilla de intervención—. Lo sentimos...

Cuando llegamos al chalet, nuestro entusiasmo estaba por los suelos.

—Eran dos chicas estupendas —sollozó Catherine—: ¡si se hubieran marchado

inmediatamente!

—Les apetecía hacer una última escaladita —respondí apresuradamente—: no podían saber que no volverían a hacerlo nunca más...

Apilamos el material en las mochilas, como si fueran encajes de luto: definitivamente, el ambiente era de pesadumbre...

—Deberíamos irnos mañana por la mañana —propuso Carole—: no me veo con ánimos para hacer el viaje de noche.

El *shock* nos había vaciado. Hablamos durante un par de horas, del accidente primero; después, la conversación se centró poco a poco en el oro de Antoine. Las hipótesis que formulábamos nos parecían más nebulosas las unas que las otras.

—¡Estamos dando vueltas! —dijo Gastón—. Esperemos a estar allí: descubriremos seguramente elementos que nos faltan.

Cuando nos estábamos acostando, dos sombras cruzaron el jardín y descendieron sigilosamente (¡no se esperaba menos de unas sombras!) por el camino que lleva a la carretera. Subiendo a la autocaravana, Pajot guardó su estetoscopio.

—Ya se lo decía yo —dijo jubiloso, dando fuertes manotadas a la chaqueta de Devissoux que hacían volar sus plumas—, ¡nos ocultaban algo! Me parecieron sospechosos desde el principio, sobre todo Pierre Charmoz; porque yo le pregunto, ¿qué puede estar haciendo un parado con una rica heredera?

Devissoux, atolondrado, contemplaba a su superior como si se tratase del mismísimo Sherlock Holmes.

—Eh... pues... Qué sé yo... ¡Tratar de casarse con ella!

—¡Vamos, Devissoux! ¿Pero de qué generación es usted? Un chico recién salido de la ENA<sup>[5]</sup>. ¡Me está decepcionando, hombre! Ya nadie se casa con las herederas, eso ya no está de moda: tienen un montón de amantes que esconden en suntuosos apartamentos —soñó el gendarme, asiduo lector de revistas de sucesos—. ¡Es el ORO! ¡El ORO!

—¿El loro?

—Pero bueno, Devissoux, ¡despierte! Han descubierto el lugar donde Antoine de Colombin escondió su *oro*. Sólo tenemos que seguir sus pasos.

Esta imagen hizo desfilar una serie de escenas escabrosas por el pobre cerebro del adjunto, obnubilado por el trasero de Radegonde Pajot, la digna esposa de su superior.

En su guarida, la banda de Igor también lo había escuchado todo, gracias a los micrófonos ultrasensibles que, durante el día, habían instalado por todo el jardín. La cabeza del Cristo-Rey de hormigón zumbaba por la frenética actividad.

—Ahora que hemos eliminado a las dos holandesas, seguiremos a éstos discretamente hasta La Bérarde y, en el último momento, ¡hop! ¡hop!

Igor hizo como que empujaba a alguien.

—¡Jefe! ¡Jefe! ¿Qué es La Bérarde? ¿Una puta? —preguntó el antiguo paracomando, salivando.

—¡Cretino! Es un pueblo de montaña situado a setenta kilómetros de Grenoble; ¡pensar que tengo que aguantar a semejantes retrasados, yo, Igor *el Diabólico*, alias *Pequeño Garrote*, alias *El Tumor Maligno*!

Se pavoneó ante sus hombres como un piojo sobre la cabeza de un calvo.

—Lo habéis entendido bien, ¿eh? ¡Hop, hop! Pero no antes de que yo os lo diga; tengo que recuperar ciertas cosas.

—¡Oh, sí! ¡Hop, hop! Ése es nuestro trabajo.

Igor les dio unas palmaditas en la cabeza y les tiró de las orejas:

—¡Estoy contento con vosotros!

## XI

El golf tragaba los kilómetros mientras los maquinistas deslizaban discretamente el decorado. Pese al triste suceso de la víspera, la moral estaba alta.

Mientras conducía, llenaba nervioso el cenicero de caramelos apenas masticados. La radio del coche vomitaba la pegadiza y empalagosa música de Los Granit's Brothers.

—Estamos llegando a Grenoble —avisó Carole—, ya no estamos muy lejos.

La gran ciudad se extendía sobre el valle como una tortita mal hecha en el fondo de un cubo de basura. La atravesamos sin dirigir ni una sola mirada a sus mugrientos edificios.

Media hora más tarde, en Bourg d'Oisans, tomábamos la pequeña y estrecha carretera que conduce a La Bérarde.

—Este valle siempre me ha parecido siniestro... —exclamó Catherine—. Da la sensación de que uno llega al fin del mundo.

—¡Eso no es verdad! —se indignó Gastón—, sólo necesita que le dé un poco el sol.

—¡Eso no será para hoy! —dije riéndome.

Eran las cuatro de la tarde y el sol ya había desaparecido detrás de la montaña; incluso empezaba a refrescar.

Aparcamos el golf varios kilómetros antes de llegar a La Bérarde. El aparcamiento estaba vacío en sus tres cuartas partes.

—Perfecto, así no habrá demasiados curiosos —comentó Carole.

Las mochilas pesaban toneladas.

—¿Quién ha metido piedras en la mía? —se quejó Catherine.

—¡No intentes liarnos!

La subida al refugio del Soreiller es una de las más penosas que conozco; el sendero es interminable.

—¡Cuándo pienso que hay gente que hace esto por placer! —se extrañó Gastón.

Nos reencontramos con el sol a mitad de camino.

Más arriba, el refugio, en apariencia muy cercano, nos provocaba con insolencia. Fina como los «horrendos picos» de los grabados de Épinal, la aguja Dibona levantaba los cuatrocientos metros de su pared granítica por encima del refugio que, a su lado, parecía —¡comparación muy parisiense!— un mojón de mosca caído desde lo alto de la torre Montparnasse.

—¡Y pensar que habrá que peinar toda esta pared! —se desanimó Gastón.

Afortunadamente, para levantamos la moral, había espectáculo: dos extraños personajes vestidos con un traje de *Rexotherm* color aluminio, salidos directamente de una película de ciencia ficción japonesa, doblaban laboriosamente los recodos del sendero, varios centenares de metros por encima de nosotros.

—¡No puede ser! ¡Devisoux y Pajot! ¿Qué pintan ahí esos idiotas? —gruñó

Carole.

—¡Es extraño, en efecto!

Lejos de los oídos indiscretos, Pajot le estaba echando la bronca a su adjunto:

—¡Bravo, Devissoux! ¡Ha acertado plenamente con el traje de camuflaje! Nos ven a cien kilómetros a la redonda. ¡Me acordaré de su sugerencia, «adaptarse al terreno...», cuando revise sus notas, confíe en mí!

—Yo no tengo la culpa de que el Estado Mayor nos equiepe con mapas de 1925. No podía saber que el glaciar se había derretido entre tanto...

—¡Transparentes! ¡Transparentes! Siempre me hará reír, pobre amigo: la próxima vez inténtelo con un camuflaje de rocalla.

En los pedregales que dominan el refugio, a su izquierda, Mireille Marcassin recogía flores. Para su primer año de vacaciones en la montaña, esta catedrática de filología, seca como un complemento de objeto directo, se había comprado el *Manuel du Touriste en Montagne*; iba por el primer capítulo: «La flora». Sus gafas ocultaban unos bonitos y cándidos ojos azules prematuramente marchitados entre las páginas de un diccionario.

—¡Una yerberilla! —se extasió la neófita dando palmadas.

Acababa de descubrir un cardillo encerrado entre dos malvadas piedras.

—¡Qué bonito! Esto no lo tenemos en París.

Se agachó. «A fin de cuentas, su delgado culito era muy apetecible», pensó Cravachol que acababa de sorprenderla desde su puesto de observación. Abalanzándose sobre ella como un águila real sobre una marmota proletaria, la sujetó con una mano y la hizo rodar por el guijarral.

—¡Qué hay, belleza! ¿Buscando flores...?

Mientras la sujetaba con firmeza, se bajó la bragueta; el *short* colonial de la esquinada catedrática cayó sobre sus tobillos. No tuvo tiempo ni para conjugar el verbo «ser» en presente del indicativo, que ya había dejado de serlo. Primero creyó que iba a morir; después, por vez primera, se sintió viva: ¡indudablemente, era una sensación desconcertante! Algo se trastornó en ella y el deseo se apoderó de su persona.

Cravachol, inconsciente de la prodigiosa metamorfosis, seguía cizallándola con su gran calibre, enriqueciendo el vocabulario de la catedrática con un léxico muy gráfico:

—¡Ah! ¡Nalgas coloradas! ¡Desecho de puta! ¡Cara de retrete! ¡Enfría-rabos! ¡Peina-huevos!...

Mireille, tomándose como cumplidos, sintió su corazón hincharse como una manzana mutante y, a pesar de la incomodidad de su posición, de sus gafas rotas, y de que su nariz se estaba raspando contra la arista cortante de un bloque de granito, fue arrastrada por una marea, como Noé, hacia el punto álgido del placer consumado.

—¡Ah! ¡Bello desconocido! ¡Soy tu flor, mi amado!

Cravachol, poco familiarizado con los alejandrinos, reconsideró su montura. Su cara, desfigurada por las cicatrices, su nariz de boxeador de fin de semana, su oreja arrancada por un cuchillazo, y su ojo de cristal tomaron el aspecto de un bonito disfraz para príncipe azul canalla.

Llevó a Mireille hasta un rellano herboso y la tumbó, casi sin brutalidad. Se contemplaron un instante y supieron que se amaban.

A su regreso al puesto de mando estratégico, cariñosamente abrazado a su conquista, Cravachol tuvo que aguantar las burlas de sus colegas y la furia de Igor.

—¡En servicio comandado! Estás totalmente loco, amigo. ¡Tírame eso a la basura!

—¡No! ¡Vamos a casarnos!

—¡Pobre loco! Te hará coser tus propios chalecos antibalas antes de comerte las cicatrices de la espalda. ¡Se nota que no tienes ni idea de tías! Llénale la boca de piedras y átala a la cola de un rebeco, ahora que aún estás a tiempo.

Todos los hombres se rieron con maldad. Mireille escuchaba las figuras retóricas de los amigos de su enamorado y les sonreía amablemente:

—¿Estáis haciendo un cursillo de habla regional?

La situación se estaba volviendo delicada.

De repente, Cravachol empezó a odiar a sus compañeros y, más aún, se avergonzó de su antigua vida. Bajo la ruda apariencia exterior, acababa de nacer un corazón nuevo, tan pimpante como si se hubiera sometido al bisturí del profesor Barbard.

—¡Jefe! ¡Dimíto! —gritó.

—¡De eso nada! —intervino Mireille—. No se puede abandonar un cursillo así como así. ¡Puedo esperar perfectamente un par de días más!

Envolvió a su hombre con la mirada de un topo que acaba de comer alfalfa nitrogenada. Igor, temiendo las complicaciones, hizo una señal discreta a uno de sus hombres. Cravachol y Mireille se desplomaron al mismo tiempo, un dardo empapado de curare clavado en la base de la nuca.

Si no vivieron, al menos murieron felices.

Doblamos los últimos recodos pisándole los talones a los dos cosmonautas. Todos salieron del refugio para contemplarlos.

—¡Hola, inspector! —dijo Carole, jovial—. Creía que estabais en Chamonix: ¿os habéis equivocado de sendero?

Pajot se sonrojó hasta las orejas.

—Tened cuidado la próxima vez, ¡no vayáis a despertaros en las laderas del Everest!

—Ejem... el accidente de los Gaillands ha sido confiado a otra persona y yo, eh..., he decidido tomar un poco de aire fresco en compañía del señor Devissoux.

—Qué casualidad... Es como si nos hubiéramos puesto de acuerdo —añadió Devissoux.

—Más bien parece que, este año, se venden las autocaravanas con orejas —refunfuñó Gastón.

—¿Es el nuevo uniforme de las agentes de la circulación? —me informé inocentemente—. Tenéis pensado reincorporaros al servicio de circulación: hacéis bien en comenzar por aquí, entre las piedras, no hay mucho trajín.

El traje se volvió carmesí. Pajot y Devissoux entraron en el refugio a toda prisa.

—¡Buenos días! —nos saludó el guarda—. Hace tiempo que no os veo por aquí: ¿acaso no es bella, mi aguja?

—Sí, es bella, pero es la única que aguanta en pie en medio de este montón de piedras.

—Eso mismo debía pensar tu padre, Carole: hace dos semanas, más o menos, pasó dos días en la cara sur sin descender al suelo: quería reequipar la variante *Jarry-Roussel* de la Madier...

—Creía que estaba impracticable desde el desprendimiento.

—Antoine quería alcanzar la vía de los *Savoyards*, tirando hacia la izquierda, lo que hubiera permitido combinar ambos itinerarios. Transcurridos los dos días, decidí abandonar. Una vez abajo, me dijo que la roca no era sólida y que el pitonaje era muy delicado; me pidió que desanimase a aquéllos que quisieran retomar su proyecto, debido al riesgo que supone. Por cierto, ¿qué tal está?

Una lágrima se deslizó por la mejilla de Carole.

—Murió el 15 de agosto: se suicidó tirándose desde lo alto de la aguja del Midi.

—¡No puede ser!

El guarda se sentó afectado por el *shock* y tardó varios minutos en recuperarse.

—Salió de aquí el día anterior: ¡parecía estar en plena forma! No será un fracaso lo que le habrá llevado a...

—Tampoco entendemos nada nosotros mismos —contestó Carole con tristeza—. Estamos aquí para tratar de aclararnos un poco.

El guarda nos narró con todo detalle el intento de Antoine.

—Metía clavos como un loco, algo poco habitual en él... ¡Se oían martillazos incluso por la noche!

—Seguro que se vio obligado a meter espits para poder alcanzar la variante —intervine—, si recuerdo bien, la sección donde se produjo el desprendimiento es muy compacta.

—Por cierto, Carole —prosiguió el guarda en un tono aburrido— tengo que avisarte: Solange está aquí.

Solange Baladier era una de las dos estrellas del alpinismo femenino (Carole era la otra). No podían ni verse. Justamente, Solange salía del refugio.

—¡Pero bueno! ¡Carole, querida! Pensé que irías a la playa este año.

—¡Anda! ¡Pero si es la *vieja* Solange! Corrían rumores sobre tu desaparición en Nepal: me dijeron que te habían atropellado cuando cruzabas una calle de Katmandú.

—¡No! Como ves, he regresado —dijo Solange poniendo mala cara—. ¿Y quién es ese atractivo joven que te acompaña? —añadió señalándome—. ¿Tu porta-piolet?

—¿Por qué? ¿Has perdido el tuyo en el Himalaya?

En previsión de la tormenta que se avecinaba, llevamos a Carole al interior del refugio. Cuando atravesábamos el pasillo, Pajot salió de los baños fingiendo abrocharse una bragueta inexistente.

—¡Menudo chivato! —se indignó Catherine—; nos estaba espionando.

Más arriba, Igor y su banda se preparaban para pasar la noche al abrigo de un bloque de granito.

—Me recuerda a los Aurès —dijo el antiguo verdugo, nostálgico.

—Lo único que echas de menos son los escorpiones —dijo Igor riéndose con maldad—; o ni eso, porque si te mordiese uno, no se sabría cuál de los dos moriría.

Todos se regocijaron con las palabras de Igor, incluso su víctima, que no había entendido nada.

Tras el almuerzo, salimos a la terraza. Gastón encendió un pitillo y les ofreció uno a Carole y a Catherine. Desenrollé una tira de regaliz. La luz de la luna pegaba de lleno en la pared rocosa, iluminándola magníficamente.

—Así que fue en una variante donde Antoine escondió su oro —murmuró Catherine.

—Ha sido muy hábil, en efecto —reconoció Gastón—: esa sección de la vía está impracticable desde hace más de veinte años; todo el mundo sabe que el desprendimiento la dejó peligrosa. No hay riesgo de que acudan los curiosos.

—Salvo aquéllos que vengan con las mismas intenciones que nosotros —dijo Carole, repentinamente angustiada—; si los dos polis han conseguido seguimos, no veo por qué Igor y su banda iban a ser menos listos...

—Mañana por la noche, todo estará arreglado.

Traté de reconfortar a Carole y la atraje hacia mí. Sus labios eran suaves en la oscuridad de la noche, un punto cálido en el frío que descendía de las cimas cercanas. En el dormitorio común, todos estaban acostados. Cuando nos acomodamos en nuestras camas, Carole, que se encontraba a mi derecha, reconoció a su vecina.

—¡Por la Virgen de los Drus! ¡Solange!

La zarandeó. La otra se despertó.

—¡Pero bueno! ¿Estás loca? ¡No puede dormir una tranquila en este sitio! ¡Lárgate, vieja golfa! Vas a fastidiarme el sueño.

—¡Carole, angelito mío! Qué suerte tenerte a mi lado, ya empiezo a sentirme excitada.

Bruscamente, retiró su manta: estaba desnuda. Era una bella mujer de cuerpo musculoso. Me miró y sonrió.

—¡Parece tener efecto sobre tu porta-piolet!

—¡Oh, él! ¡Se empalma sólo con ver elevarse una pala mecánica! Así que una cabra...

Carole, sintiendo que su ventaja sería de corta duración, se deshizo rápidamente de su ropa y, poniéndose a caballo sobre su rival por sorpresa, le plantó su mata de pelo en las narices.



—¡Caramba! Es una aficionada a los desplomes; bueno, en la parte inferior, porque en la superior, escasean los resaltes.

Para poner fin a esas calumnias de escasa calidad estilística, Carole se dejó caer sobre la boca difamadora que desapareció sin hacer ¡glups!, entre los pelos rubios. La

bella Solange, desprevenida, agitó los pies y trató de quitarse de encima a su adversaria.

—¡Cómo te muevas, me hago pipí! —le advirtió Carole.

—¡Y yo muerdo! —añadió la otra hincando sus dientes.

Carole se sobresaltó por el dolor. Solange aprovechó la ocasión para liberarse. Acto seguido se desató una furiosa pelea: podía verse, aquí y allá, un rostro aprisionado entre unas nalgas morenas, un pie aplastando unas tiernas tetas, algunos dedos pellizcando sin piedad.

Todo el refugio estaba despierto. Comenzaron las apuestas.

—¡Mi *super-cóndor* a que gana Solange! —vociferó alguien, agitando un flamante piolet.

—¡Un mosquetón *Simond* por Carole! —dijo otro, más prudente.

Catherine trató de separar a las beligerantes. Carole acababa de hacerse con el control y, sentada sobre los pechos de Solange, le bloqueaba los brazos.

—¡Es inútil que os hagáis daño! —gimió Catherine—. Os propongo un combate leal: me vais a acariciar por tumos; la que me haga gozar más tiempo será la ganadora.

La idea no fue aceptada, pues los apostantes no confiaban en la imparcialidad del árbitro.

El combate se reanudó con más violencia aún. Carole atrapó uno de los pechos de Solange y lo mordió. La otra le propinó una patada en el bajo vientre y, con los dedos de los pies, se puso a hurgar con maldad en su sexo. Cogiéndola de la pierna, Carole la giró y le cizalló los riñones entre sus muslos mientras arañaba, hasta hacerle sangre, el bonito trasero de su antagonista.

Solange hacía gestos de dolor, y empezaba a faltarle el aire. En un último esfuerzo, se liberó y, mediante un rabioso vuelo, aprisionó el rostro de Carole bajo sus nalgas. Aprovechó la situación y puso en práctica las propias amenazas de Carole. Se contrajo y su adversaria, copiosamente regada, tuvo que aceptar su derrota para no perecer asfixiada.

Los apostantes volvieron a sus camas. Nosotros envolvimos a nuestra favorita en una toalla.

—¡Has peleado muy bien! —la felicitó Catherine—. No es culpa tuya que el enemigo haya utilizado su fuerza de disuasión.

## XII

Pajot y Devissoux, envarados en su traje lunar, avanzaban en la niebla.

—Salir temprano... salir temprano... dice el *Manuel* —refunfuñaba Pajot—; ¿ha traído su brújula, Devissoux?

—¡Sí, jefe! Es la brújula que me regaló mi padrino, cuando entré en los *boy scouts*.

—Espero que todo este tiempo pasado con usted no le haya hecho perder el norte...

—¡Qué va! Al principio la giraba cada mañana en la buena dirección, pero ahora lo consigue ella sola.

Tenían intención de completar la normal de la aguja Dibona, graduada de poco difícil por los servicios secretos de la policía francesa. Desconfiados, se ataviaron como un Herzog subiendo a la cima del Annapurna a recoger edelweiss. Remontaron una pendiente de depósitos morrénicos. Su vestimenta color aluminio se fundía perfectamente con la grisalla ambiente.

—¡Un punto para usted, Devissoux! Somos totalmente invisibles.

—¡Oh, jefe! —se sonrojó el adjunto—, me halaga...

—No era necesario esforzarse tanto: ¡nos basta con la niebla! Cójame de la mano, ya no veo nada. ¡Menuda nube de humo!

Penosamente, resbalando sobre cada piedra, ascendían, helados por la bruma. De repente, chocaron contra una muralla rocosa.

—Es la entrada de la vía normal —anunció Pajot triunfante, con un *tricouni* colocado sobre la roca en plan conquistador—. ¡Encordémonos!

Al cabo de veinte minutos, consiguieron hacer un as de guía que no se convertía en nudo corredizo nada más tirar de él. Equipado con una cuarentena de clavos y mosquetones, Pajot se lanzó al ataque de la «terrorífica» muralla que un cojo habría superado con un solo pie. Temblando de brazos y piernas, metía sus clavos cada dos metros en una zona terrosa.

—De verdad que no le veo el interés a estas láminas metálicas; ¡no parecen muy sólidas!

Apenas se había vuelto a poner en marcha cuando la cuerda desprendió la pella de tierra, que fue a estrellarse sobre el cráneo de Devissoux.

—¡No se caiga, jefe! —gritó Devissoux, de repente inquieto.

—¡Hago lo que puedo! Pensaré en vuestra prima de riesgo cuando elabore mi informe.

Al llegar al final de cuerda, Pajot pasó una cinta por detrás de un bloque oscilante a punto de perder su precario equilibrio.

—¡Puede subir, le aseguro!

Pasó la cuerda alrededor de su cuello malinterpretando el croquis del *Manuel*.

—¡Este Devissoux es una bala!

El pobre adjunto sacaba concienzudamente los clavos de la tierra y los limpiaba con su pañuelo para devolvérselos bien limpios a su superior.

Al cabo de tres cuartos de hora de intenso esfuerzo, nuestros dos héroes vencieron la muralla de cuarenta metros —¡de escasa inclinación, la verdad!—.

Como conocíamos las condiciones meteorológicas de un final de agosto, esperamos a que el sol disipara la niebla antes de salir del refugio.

—¿Qué material llevas? —me preguntó Gastón, con quien debía formar cordada.

—Cinco pares de mosquetones y cinco empotradores; debería ser suficiente.

Carole y Catherine, que habían decidido escalar juntas, se preparaban por su lado.

—¿Alguien ha visto mi arnés?

—¿Quién me ha birlado el pintalabios?

Al llegar al pie de la pared sur, desplegamos las cuerdas de nailon.

—¡Mierda! Otra vez enredada.

El material restallaba entre los últimos hilos de niebla que se difuminaban a lo largo de la pared.

Estábamos muy excitados, y no solamente por el oro; los alpinistas son unos niños grandes impacientes por jugar sobre sus grandes pedruscos.

—¡Fantástica pared! —exclamó Gastón.

Encadenamos los tres primeros largos «con los anillos de cuerda en la mano», como se dice en este mundillo. Montamos una primera reunión en la base de un túnel, verdadera curiosidad geológica.

Mientras Carole subía de primera, erré por el paisaje con la mirada; los últimos hilos de bruma se deshacían en el horizonte.

—¿Qué es aquello, allí, sobre el Rouget?

Gastón me indicaba dos pequeños puntos brillantes sobre una de las crestas que cierran el circo en cuyo centro se alza la Dibona. Saqué mis prismáticos de bolsillo.

—¡No puede ser! ¡Pajot y Devissoux! ¿Qué están haciendo en un lugar tan perdido como ése?

—¡Déjame ver!

Carole, que acaba de entrar en el túnel, bajó a mirar a su vez.

—¡Pero si son nuestros dos cosmonautas! ¿Por qué gesticulan así?

—¿La falta de oxígeno, quizá? —dijo Catherine—. Algunos organismos frágiles, principalmente los cerebros mal irrigados por falta de uso, resisten mal los efectos de la altitud.

Pajot seguía rabioso: tiró al suelo cuerda, mosquetones, clavos, casco, arnés, medalla de socorro en montaña e incluso su boina alpina, y los pisoteó con saña.

—¡Bravo, Devissoux! ¡Y con una brújula, la de su padrino! ¡Deje que me ría! Ese

padrino debía odiar a los *boy scouts*.

—No es culpa mía, jefe... —se defendió patéticamente el pobre Devissoux—. La aguja estaba atascada y apuntaba hacia el oeste, no me había dado cuenta de ello...

—Demasiado tarde para subir a la Dibona: ahora ya no nos queda más que observarlos a través de los prismáticos, antes de regresar... por el sendero.

Un magnífico sendero bordeaba la «horrible muralla» que con tanto sufrimiento habían escalado. La niebla se lo había ocultado.

—Ejem...

—¿Qué?!

—No tenemos prismáticos, jefe, me los he dejado en el refugio.

Al otro lado del circo, a la izquierda de la pared rocosa, Igor, con el ojo pegado al telescopio, comentaba la progresión de los escaladores.

—¡Ya está! ¡Han entrado en el túnel! ¡Ojalá echen mano a... lo que busca el jefe!  
—le dijo a Barrabrás, el más fiel de sus secuaces.

Los otros dos habían sido enviados en misión.

—¿De qué se trata? —preguntó Barrabrás, intrigado.

—La verdad es que no lo sé... —contestó Igor, consciente de que había estado a punto de meter la pata.

A la salida del túnel, tuvimos que subir varias decenas de metros antes de atacar la travesía, muy aérea, descrita por Antoine de Colomin en el libro de piadas del refugio del Plan de l'Aiguille.

Después de la travesía, la variante *Jarry-Roussel* sale en diagonal hacia la izquierda mientras que el trazado normal se bifurca hacia la derecha. Se podían ver con claridad rastros del desprendimiento que había vuelto impracticables tanto la entrada como la salida de la variante.

—¡Ya llegamos! —dijo Carole con júbilo al iniciar la delicada travesía.

Bailaba sobre la roca como un hada, al tiempo que rozaba el granito con sus dedos, que parecían encontrar, ellos solos, los minúsculos agarres, mientras sus pies, apenas colocados, volaban hacia otros microscópicos agarres.

Sus pequeñas y redondas nalgas, bien combadas bajo el peto, eran acariciadas por el viento que soplabá, ¡el muy atrevido!

—¡Qué guapa es! —suspiré, palpando la roca, a falta de otra cosa...

Su cabello ondeaba al sol como hilos de oro. Carole no se ponía nunca el casco: ¡las piedras sólo podían detenerse sobre aquella encantadora cabeza y depositar allí sus besos!

Apiñados sobre la minúscula plataforma, a la salida de la travesía, examinamos atentamente la variante. Una bonita placa lisa de veinte metros de anchura y de roca

algo más clara —vestigio del desprendimiento— nos separaba de ella, granujienta y compacta como un pastel de supermercado; había que franquearla por una diagonal ascendente.

—¿Habéis visto la línea de clavos? ¡Hará al menos treinta años que nadie los ha utilizado! —exclamó Gastón.

En efecto, una serie de pitones increíblemente oxidados se escalonaba a lo largo de una fisura en forma de arco —el largo central de la variante—.

—No les confiaría ni a mi peor enemigo —se estremeció Catherine—. Auténtico cristal: seguro que se deshacen en polvo con sólo tocarlos.

—¿Qué esperaba sacar tu padre de todo esto? —pregunté a Carole, intrigado—. No veo la más mínima cavidad donde poder esconder los lingotes.

Mientras examinábamos la placa en busca de un pasaje, observamos una serie de espits que permitía enlazar con la línea de clavos oxidados.

—Parece que el padre Antoine tenía afición por las perforaciones —dijo Gastón, atónito—. ¡Entiendo que se hayan oído martillazos las veinticuatro horas del día!

Para colocar esas chapas, primero hay que hacer un agujero con un burilador en el granito, un tipo de roca particularmente duro. Una vez introducido el taco a golpe de martillo, se le atornilla una chapa; se pasa la cuerda por el ojo de la chapa con la ayuda de un mosquetón. Cuando están introducidos en la roca ya no es posible retirarlos, aunque se pueden recuperar las chapas. Antoine las había quitado para desanimar a los curiosos.

—¿Tenemos alguna en nuestro equipo? —se inquietó Carole.

Al rebuscar en las cuatro mochilas, conseguimos reunir dos chapas, supervivientes de alguna aventura anterior.

—¡No va a ser un camino de rosas! —comenté—. ¿Quién quiere intentarlo?

—¿Lo echamos a suertes?

Como no encontramos ni briznas de hierba ni cerillas, Carole propuso una original variante: «la lengua más corta», siendo la boca de Catherine la unidad de medida. Pese a haber conseguido cosquillar la campana de la bella morena, el jurado me declaró perdedor.

¡Me tocó a mí, por supuesto! Eso no me hacía ninguna gracia: en cada «parada» iba a tener que desenroscar la chapa anterior para atornillarla de nuevo en el siguiente taco; ¡qué trabajo tan penoso! Además, al igual que la mayoría de los escaladores serios, no confiaba por completo en esos tacos metálicos, introducidos tres centímetros en la roca: la cantidad compensa generalmente este problema, pero en este caso, en algún momento, iba a tener que suspender todo mi peso sobre un solo espit —una variante de la ruleta rusa—.

Cuando me disponía a partir, Carole se golpeó la frente con la mano y se quedó pálida como un sorbete de limón.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó Catherine.

—Sé cómo mi padre camufló su oro —dijo con una voz pura.

—¿Qué? —eructaron nuestros tres gaznates.

—Los clavos... —tartamudeó Carole, emocionada—. ¡Los clavos!

—¿Qué clavos?

—¡Allí arriba!

Nos señaló los trozos de chatarra oxidada que me esperaban tristemente.

—¿Estáis sordos, o qué? —se exasperó Carole—. Acuérdate, Pierre: el armario de papá... el puñado de viejos clavos. Y, según la hija de Sigismond, el tiempo que se pasó en el taller del fabricante sin dejar entrar a nadie. ¡Mi padre recuperó unos viejos clavos roídos por la herrumbre y los usó para hacer los moldes de su oro! Subió hasta aquí y cambió los de la variante por sus clavos de oro maquillados...

—Por eso los polis encontraron uno sobre él tras su caída —murmuré, atónito—. Quería avisarte.

—La idea es buenísima —reconoció Gastón—. ¿A quién se le ocurriría venir a darse un paseo por esta vieja variante abandonada únicamente para hacerse con unos viejos clavos oxidados?

«Descontando a Boussier, ¡no veo quién, en efecto!», pensó Catherine.

—Como caja fuerte es tan seguro como cualquier banco suizo...

Más excitado que nunca, atacé la placa. Me aseguraba Gastón. Los primeros tacos estaban bien colocados, pero las cosas se pusieron feas enseguida: para ahorrar tiempo y energía, ¡Antoine sólo los había clavado un centímetro y medio en la roca!

—¡Es el colmo, Carole! —grité furioso y angustiado.

Avanzaba con extrema precaución, evitando hacer movimientos bruscos que hubieran podido arrancar los espits precipitándome al vacío. Eché un ojo debajo de mí: el refugio, ciento cincuenta metros más abajo, parecía una casa de muñecas; el trío observaba mi progresión, algo ansioso. No tenía muchas ganas de aterrizar sobre ellos tras un vuelo en picado.

—¡Tened cuidado ahí abajo...! ¡Esto está chungo!

Progresando a un ritmo capaz de desalentar a un caracol, alcancé por fin el borde de la fisura «dorada». Me restablecí sobre ella con agilidad, coloqué una protección metálica, un empotrador, en la fisura, y pasé la cuerda por el mosquetón.

—¡Uf!

Me sequé el sudor, deshice nervioso el envoltorio de un caramelo y me tragué su contenido. Por encima de mí, una quincena de clavos esperaban mi mano para dejar este mundo ingrato por un futuro más prometedor. Raspé el primero: el oro brilló bajo la pintura marrón.

—¡Tenías razón, Carole! ¡Una verdadera mina!

Mientras recuperaba con precaución los lingotes camuflados, Igor, que no había perdido ni un detalle de la escena, observaba. Como no era un chico tonto, enseguida se dio cuenta del valor de los trozos de chatarra que con tanto cuidado colgaba de la

cinta con un mosquetón.

—¡Diablos! ¡Barrabrás, lo han encontrado! Avisa a los demás, vamos a interceptarles en la repisa Boell.

Sobre su lejana cresta, Pajot y Devissoux, que no habían visto nada, contaban las piedras para matar el tiempo, antes de iniciar el descenso.

—2.325, 2.326, 2.327...

—Que no se le olvide ni una, amigo mío, si no le hundo la nota en mi informe.

Una vez terminado mi trabajo de sacamuelas de oro, sopesé el montón de clavos: ¡había por lo menos diez o doce kilos! Ya sólo me quedaba volver a bajar...

Me mareaba sólo de pensarlo; asegurándome con empotradores, conseguí llegar hasta el inicio de la fisura sin demasiadas dificultades. Faltaba la placa...

—Bueno ¿qué? ¿Puedes?

—¡Estoy acojonado!: como salte uno, estaré listo para el parapente virtual.

Cogí un primer estribo de mi arnés y lo mosquetoneé en el ojo de la chapa. La pequeña escalera chocó alegremente contra la roca: coloqué un pie en ella y cargué todo mi peso: el taco se inclinó hacia abajo, pero aguantó. El siguiente estaba colocado más profundamente: descansé un instante. La angustia me hacía jadear: durante el ascenso se aprecia mal el riesgo que uno toma, pues la pared oculta el horizonte; pero en el descenso, los movimientos se hacen más difíciles, ¡y el vacío encoge el estómago!

Había llegado sin dificultad hasta la mitad del recorrido y acababa de colocar una chapa en el último espit precario, cuando un pequeño ruido de mal augurio me hizo acelerar el ritmo.

—¡Al loro, ahí bajo! ¡Vuelo a la vista!

El miedo contrajo mis intestinos. Me esforcé para que el pánico no se apoderara de mí, para no hacer movimientos bruscos; me hubiera deshecho de los kilos de oro con mucho gusto, para quitarme algo de peso de encima... Con extrema precaución, coloqué el estribo sobre la siguiente chapa. En ese preciso momento, el taco que me disponía a abandonar cedió. Me agarré instintivamente al estribo, ejerciendo una peligrosa tracción sobre el siguiente taco que, de golpe, se inclinó unos treinta grados.

—¡Mamá, allá voy!

Conseguí controlar los temblores nerviosos que me agitaban. Colgado de mi cintura, el oro hacía un ruido de castañuelas... El taco se inclinaba cada vez más hacia abajo, ya que su extremidad superior tan sólo penetraba cinco milímetros en la roca... Me apliqué febrilmente en el segundo, atornillando la chapa con la mano.

Mosquetón, estribo, ¡crac!

Salí volando. De paso enganché el último peldaño del estribo, colgando con una

mano del eslabón y agitándome como un jamón bajo el cuchillo del carnicero.

El refugio se meneaba como un loco mientras los rostros crispados de mis amigos hacían curiosos movimientos rotativos.

—¡Aguanta, Pierrot!

El cansancio me roía las yemas de los dedos. En un último sobresalto, conseguí meter una pierna en el estribo. Estaba exhausto. Por fortuna, era un buen taco, hundido hasta en fondo en la capa congelada de la pared rocosa.

Como un ancianito tembloroso, me desplomé en los brazos de Carole.

Me besó con ternura, calmando poco a poco mis tics nerviosos con sus caricias de efecto sedante.

—¡Tienes una suerte loca! —se rió Gastón, para relajar el ambiente.

Retomamos el itinerario normal, encadenábamos desplomes, diedros, fisuras, placas, con el entusiasmo de una muchacha recién comulgada tirando su cirio a la basura.

Gastón tomó el mando de las operaciones bajo la repisa Boell —un amplio corte horizontal que cruza la cara a los dos tercios de su altura—. Mientras se restablecía sobre la repisa, una risa de cuervo alcohólico le hizo levantar la cabeza: se encontró de frente con el cañón de un revolver.

—¡Entregadme las pepitas! —dijo el antiguo legionario, con una voz suave como la clavija de una granada.

## XIII

—Le agradecemos que haya venido a esperarnos —respondió Carole, sonriendo (de dientes para afuera).

—¡Tú, zorra, cierra el pico! —replicó con elegancia el legionario.

—¿Hop, hop? —se informó Robert, su compañero.

—¡Espera! Hay que preguntárselo al jefe.

Cogió el *walkie-talkie* que llevaba en bandolera y mantuvo una animada conversación en ese idioma en el que ya se habían expresado en casa de Carole.

—¡Dame la pasta! —me ordenó, con el dedo sobre el gatillo.

Me quité la cinta de la que colgaban los clavos de oro y se la extendí, quejumbroso.

—¡Todos mis ahorros!

—¡Ja, ja! ¡De todas formas ya no los necesitarás más! Robert, desencuérdalos.

Nos miramos, aterrados. Catherine balbuceó:

—¿Qué quieren hacemos?

Sus hermosos ojos verdes suplicaban.

—¡Caramba! —prosiguió el exlegionario—. ¡Esas dos pequeñas son muy monas! ¿Qué tal si nos divertimos un rato?

—¡Vosotras dos, en cueros!

Manejaba su arma con indiferencia, como si fuera un palillo, sin quitarnos ojo ni a Gastón ni a mí; intercambiamos una mirada de impotencia. Temblando, Carole y Catherine se deshicieron de su material.



«¡Es una pesadilla!», me dije.

La cara sur estaba desierta, y lo sabíamos muy bien. Las pocas personas que vimos en el refugio la víspera se habían dispersado por las demás paredes. Estábamos solos con nuestros verdugos.

Carole y Catherine terminaron de quitarse la ropa, tiritaban por el viento fresco pese a que el sol empezaba a pegar con fuerza.

Los truhanes las miraban babeando.

—¡Wuuu! ¡Menudas muñecas!

Gastón y yo no podíamos despegar la mirada del espectáculo ofrecido por nuestras dos hermosas amigas: sus cuerpos morenos contrastaban con el granito como una estatua de madera pulida sobre un pedestal de mármol.

—¿Hop, hop? —preguntó Robert.

—¡Sí, sí! ¡Hop! ¡Hop! ¡Yo primero!

—¡Espera! ¿Y si les pidiéramos algunas guarrerías?

—¿Qué clase de guarrerías más guarras que las guarrerías que les vamos a hacer?

—preguntó el otro, que tenía la libido convencional.

—No sé... ¡He visto en unas revistas mujeres que se acariciaban!

—¿Y eso es guarro?

—Debe de serlo, eran unas revistas guarras.

—¡Vale, no está mal! ¡Vamos, imbéciles, haced lo que os dice!

A regañadientes, Carole y Catherine empezaron a hacer correr sus manos, con torpeza primero; impulsadas por su temperamento, se fueron sumergiendo poco a poco en su placer, olvidando lo trágico de la situación.

Catherine se agachó despacio; su melena acarició los pechos y el vientre de su compañera. De cuclillas, rozó con sus labios los rizos rubios y, progresivamente, los fue apoyando. Carole se recostó contra la pared y, a doscientos metros del suelo, desnuda bajo el sol mañanero, sintió llegar el placer por oleadas. Se olvidó de los villanos y se puso a gemir.

—¡Catherine! ¡Catherine! ¡Tu lengua! ¡Tu lengua! ¡Más profundo, más profundo! Sí...

Se entregaba a las acaricias, combada, como un arco de carne y hueso lentamente erosionado por el granito de sus aguas.

Los dos «duros-de-cocer» se habían sentado, tenían los ojos como platos.

—¡Pero, bueno! ¡Madre mía! ¡Madre mía!

Carole, sin ningún pudor, se dio la vuelta y nos mostró el culo. Veíamos la lengua de Catherine ir y venir como un colibrí en la corola de una orquídea.

—¡Carole! ¡Carole, querida! —gritaba Catherine, enloquecida. Sus manos dibujaban sueños sobre la curva lumbar de su compañera, antes de concentrar las ondas de placer alrededor de sus pechos, cuyas puntas, duras y tensas, parecían desafiar la muerte que planeaba sobre todos nosotros.

Carole separó las piernas y se puso bruscamente de cuclillas. Se deslizó sobre el cuerpo de Catherine, rozando sus pechos con los labios, y siguió bajando hasta el vientre caliente y liso. Poco a poco, su boca desapareció en la grieta de las sombras secretas.

Mis ojos se llenaron de lágrimas; no podía creer que esta dulzura irreal, estos momentos tiernos iban a desaparecer para siempre al pie de esta maldita pared...

—¡Dame! ¡Oh, dámelo todo!

Pegadas la una a la otra por la sonrisa vertical, se entregaron completamente emborrachándose de placer.

—¡Ultimo beso antes de morir! —rió malvadamente el exlegionario.

—¡Hop, hop! —comentó Robert.

Se disponían a intervenir, con la mano y el sexo preparados, cuando la voz de Igor chirrió por el altavoz del *walkie-talkie*.

—¡Qué demonios estáis haciendo! ¡Empujadles de una puñetera vez!

—¡Sí, sí, jefe! Estábamos haciendo unas planchas para reactivarnos.

—¡Estáis locos! —sollozó Carole, desesperada—. ¿Qué os hemos hecho? Coged

el oro y dejadnos...

Los dos malos avanzaban hacia ellas sin quitarnos el ojo. Una desafortunada sonrisa descubrió dos o tres raigones sucios. El exlegionario balanceaba con negligencia la cinta con los clavos:

—Pero monada, ¡el oro ya lo tenemos!

—¡Hop, hop! —confirmó Robert.

«¡Dios Santo!», pensé. ¡Si Pajot y Devissoux estuvieran aquí! Mis articulaciones se volvieron blancas, mientras veía los músculos de Gastón tensarse, sarmentosos como pinos de monte bajo.

Los malos estaban ahora prácticamente sobre nuestras amigas, avanzaban lentos, saboreando la agonía como otros degustan las ostras. Nos mantenían a distancia con sus armas. Los segundos sangraban cruelmente en nuestras arterias. Catherine y Carole, muy cerca del borde a fuerza de retroceder, nos lanzaron una última mirada, un último adiós cargado de ternura.

—¡Allí arriba! ¡Alguien! —grité de repente.

Sorprendidos, los dos truhanes levantaron la cabeza. Carole y Catherine se abalanzaron sobre ellos, azotando con sus pequeños y bonitos pies los cataplínes expuestos de los malandrines.

—¡Ouch!

Saltamos sobre ellos. Gastón, en un abrir y cerrar de ojos, empuñó la cinta con los clavos. Rodó por el suelo con su adversario, mientras yo me tiraba sobre Robert.

No soy luchador, por lo que un puñetazo me dejó tirado contra la roca.

—¡Cuidado, Gastón! —gritaron Carole y Catherine.

Los dos hombres se precipitaron al vacío, antes de que ninguno de nosotros pudiera intervenir.

## XIV

El eco de los clavos que golpeaba el granito acompañó durante largo tiempo el ruido sordo de los cuerpos que caían rodando a lo largo de los doscientos metros de pared.

—¡Gastón! No puede ser...

Movíamos la cabeza, incrédulos. Robert, bajo la amenaza de su arma, nos obligó a retroceder contra la pared.

—¡Giraos de cara a la pared, rápido!

Estaba desconcertado por lo acontecido y no sabía qué actitud adoptar. El *walkie-talkie* había desaparecido con su socio: ¡era incapaz de contactar con Igor! Le costaba tomar una decisión.

—Os voy a liquidar —dijo bruscamente al cabo de unos diez minutos de reflexión.

Cerré los ojos; la cara contra la roca, esperábamos el golpe de gracia con el corazón en un puño.

Un golpe sordo hizo darme la vuelta: el bandido acaba de desplomarse a nuestros pies, golpeado en la cabeza por una piedra.

—¡Gastón!

Lo abrazamos, llorando y riendo a la vez; tenía un buen corte en la frente y su ropa estaba desgarrada.

—¿Cómo... te las has arreglado? —balbuceó Catherine, tocándolo para asegurarse de que no era un fantasma.

—Los clavos se engancharon en una fisura, cinco o seis metros más abajo; me agarré a la cinta.

—¡Menudo susto! ¡Menos mal que no me solté y que conseguí deshacerme del otro; se agarraba a mí! Tenía los músculos de los brazos agarrotados; dos segundos más y no lo cuento... Tuve que aferrarme a la fisura con las dos manos para restablecerme y, en el movimiento, se desengancharon los clavos; no pude recuperarlos...

Atamos a Robert como un asado de pavipollo estilo «Alto Egipto».

—Los clavos han debido de caer al pie de la pared... ¡Igor los va a recuperar! —se desanimó Carole.

—¡Qué importa, querida! ¡Estamos todos vivos! —exclamó riéndose Catherine.

—La cinta se quedó enganchada en un saliente —intervino Gastón—: los clavos estarán colgando a sesenta o setenta metros del suelo... ¡Hay que darse prisa!

En el momento del drama, Pajot y Devissoux, cansados de contar piedras, habían abierto una lata de paté de pollo. Pajot desenroscó el tapón del termo y le sirvió una taza de leche caliente a su adjunto.

—¡Por la belleza de las cumbres! —dijo con emoción.

—¡Por Radegonde! —murmuró piadosamente Devissoux, evocando los amados rulos.

En ese momento, un ruido sospechoso les hizo volverse hacia la cara sur de la Dibona. Al no ver el cuerpo que rodaba por la pared, Pajot se precipitó sobre su mochila, febrilmente:

—¡Volvamos, Devissoux! Se acerca la tormenta y no llevamos patatas.

Bajaron corriendo por el camino.

Igor, por su lado, se preparaba, eficaz y tranquilo. Tras dejar el telescopio, cogió una cuerda y un puñado de mosquetones y avisó a Barrabrás para que le siguiera.

—¡Rápido!

—¿Ha probado la escalada alguna vez, jefe? —se inquietó Barrabrás.

—Hice un cursillo teórico, con proyección de diapositivas; debería ser suficiente.

Se encordaron al pie de la pared y remontaron a duras penas el zócalo. El cadáver de su compañero yacía en el interior de una grieta, a una treintena de metros del suelo.

—¡Menudo gilipollas! —dijo Igor, a guisa de oración fúnebre.

Las escasas personas presentes en el refugio salieron a toda prisa dirigiéndose a la pared; Igor y Barrabrás estaban ya lejos por delante.

—¡Avisaré al helicóptero! —gritó el guarda.

Mientras tanto, instalamos el rápel. Pasé la cuerda por el clavo y Gastón, tras igualar los cabos, la tiró al vacío. Se colgó de ella y desapareció. Treinta metros más abajo, preparó el segundo rápel: «¡Rápel libre!».

Bajé a mi vez; apenas me había desencordado cuando Gastón se disponía a retirar la cuerda tirando de uno de los cabos; cayó silbando a nuestros pies. Realizamos de nuevo la maniobra.

Carole y Catherine se habían quedado en la repisa Boell para vigilar a nuestro prisionero.

—¡Rápido! Igor ya está en la pared.

Gastón me mostró la cordada, que progresaba despacio. Tres rápeles más abajo divisamos los clavos, claramente enganchados fuera de la línea de la vía, en un saliente, en medio de una placa inaccesible escalando.

—¡Diablos! ¿Cómo vamos a recuperarlos?

Igor había llegado a su altura. Se detuvo.

—La única manera de llegar hasta ellos es montando un rápel pendular.

—¡Allá voy!

Tras pasar la cuerda de rápel por un mosquetón, Gastón inició el descenso. Una

decena de metros más abajo, realizó un movimiento pendular y se detuvo en el punto de máxima amplitud. Rápidamente, metió un clavo y pasó la cuerda. Diez metros más abajo, realizó de nuevo la operación y ganó otros cinco metros de diagonal.

Igor se dio cuenta de la maniobra y sacó su arma. Gastón se encontraba ahora a veinte metros a su derecha.

—¡Hey! Que no se os olvide entregármelos una vez los hayáis desenganchado. ¡Os lo agradecería!

—¡Vete a freír espárragos! —contestó Gastón—. Desde donde estáis jamás conseguiréis alcanzarlos. Detuvo el péndulo y se autoaseguró al clavo que acababa de colocar; luego, se cruzó de brazos.

—Venid a buscarlos vosotros mismos —dijo entre risas.

—¡No me caliente, siento un hormiguelo en los dedos! —replicó Igor, cuyo rostro había palidecido de repente.

Tras un instante de silencio, perturbado por los aleteos de las chovas, prosiguió:

—Sea razonable... Tal vez podríamos llegar a un acuerdo.

—Más le vale que se largue de aquí; dentro de nada, el sector estará plagado de uniformes: seguro que el guarda ha avisado al equipo de rescate.

Igor, desconcertado, saltaba de un pie al otro, lo que, dada su precaria posición de equilibrio, podía resultar peligroso.

Ya no sabía qué actitud adoptar; para él, las cartas estaban echadas: por un lado, si se largaba ahora, podría escapar de los polis; aunque sus comanditarios no le perdonarían que volviera con las manos vacías, y no sentía una pasión desmesurada por los barreños de cemento. Por otro, perdía preciosos minutos discutiendo y, si quería recuperar ese maldito montón de oro, lo único que podía hacer era amenazar o negociar.

La rabia del fracaso y la pérdida de la justa recompensa por sus esfuerzos deshonestos le hicieron crisar los dedos sobre el gatillo.

—¡Pequeño gilipollas, te voy a liquidar! —rechinó.

¡Bum, crac! ¡Bum, crac! Dos piedras cayeron rodando y dejaron a los dos escaladores aficionados sin conocimiento.

—¡Eso es lo que pasa cuando uno se olvida del casco! —me reí, dispuesto a hacerlo de nuevo si fuera necesario.

Descendí los escasos metros que me separaban de los truhanes y los até con su propia cuerda.

—¡El material lo proporciona la casa! —se rió Gastón—. ¡No los habrás matado!

—No, pero estarán un buen rato fuera de combate.

Gastón recuperó los clavos con precaución; minutos más tarde, ya estaba de nuevo junto a mí.

—¡Oro! ¡Oro! ¡Cuántas cimas conocemos en tu sombra! —murmuré.

Descolgamos a los bandidos inconscientes por la pared con la cuerda de rápel.

—¡No maltrates demasiado a esos cabrones! Seguro que tienen cosas que contar.

—¡No te preocupes! El granito es como espuma de poliéster para estas dos monadas.

La maniobra no duró mucho y llegamos a pie de vía al mismo tiempo que Bibendum y Bébé Cadum, que acudían a toda prisa, sin aliento.

—¡Bravo! —dijo Pajot.

Posó teatralmente la mano sobre el hombro de Igor, aún inconsciente y amordazado.

—¡Queda usted detenido!

Devissox sacó dos pares de esposas de su bolsillo y me pidió que desatara a los dos compinches para arrestarlos reglamentariamente. ¡Clic, Clac!

—¡Bien hecho, Devissox! Compruebo con satisfacción que sigue el entrenamiento con regularidad; lo tendré en cuenta en mi informe.

De repente oímos el ruido de unas palas: un helicóptero subía desde el valle. Dos minutos más tarde, se posaba en el área de aterrizaje, espantando las marmotas que descansaban cómodamente sobre el montón de basura, situado justo debajo.

Igor y Barrabrás jadearon. Los agitamos sin miramientos.

—¡En pie, ha llegado el comité de recepción!

Los empujamos delante de nosotros hasta el helicóptero. Llegamos cuando salían sus ocupantes.

—¡El comisario Duboeuf! —exclamó Pajot.

—¡Roger Deshôtel! —gritó Gastón.

## XV

El comisario Duboeuf corrió hacia nosotros y nos gritó:

—¡Liberad a Barrabrás!

Desconcertados, nos detuvimos. El poli gordo, resoplando, nos alcanzó.

—¡Espero que no lo haya machacado, Pajot! Le costaría muy caro.

Barrabrás, aturdido aún, saludó al comisario.

—¡Buenos días, jefe!

—¡Pero bueno! ¡Qué está pasando! —vociferó Gastón—. Puedo entender que los polis y el hampa hagan buenas migas, pero podrían al menos guardar las formas.

—Le presento al inspector Duquel, nuestro elemento más brillante, infiltrado desde hace varios meses en la red de Igor; queríamos investigar sus ramificaciones — se explicó Duboeuf ante la cara de estupefacción de Gastón. Los acontecimientos han trastornado un poco nuestro programa, a decir verdad... ¡Vamos, Pajot, hombre! ¡Quítele las esposas!

—¡Venga Devissoux! —se exasperó Pajot—; ¿a qué espera?

—Eh... creo que he perdido la llave...

Por su lado, Roger Deshôtel, conocida estrella del alpinismo, se exhibía ante un grupo de admiradores.

—Aún queda uno allí arriba, en la repisa Boell, con Carole y Catherine —dije bruscamente.

—¡Voy para allá! —decidió Roger Deshôtel.

Se puso una sudadera estampillada con las iniciales RD, metió su cabeza en un casco recubierto de una película dorada con sus iniciales en color fluorescente, se ató las botas «Especial Escalada» que él mismo había diseñado y se puso a repartir a todo el mundo pegatinas que alababan la calidad de sus distintos productos: «Con Roger Deshôtel, duermo mejor», aseguraba una bellísima chica metida hasta la cintura en un saco de plumas.

«Roger Deshôtel te da más», gritaba un guía, blandiendo un piolet frente a un panorama grandioso. «¡Pitones Roger Deshôtel, unos clavos que dan la talla!». «Calzoncillos Roger Deshôtel, garantizados contra las heladas hasta menos treinta grados; sometidos a prueba por el propio fabricante». «Votar a Roger Deshôtel es optar por el cambio en la continuidad de las estaciones».

Se dirigió a pequeñas zancadas hacia la pared, exhibiendo sus músculos. Era un atleta espléndido, con una impresionante anchura de espaldas. Sus ojos gris acero examinaron la pared durante un instante. Atacó.

—¡Hop, hop, hop! —oíamos, mientras progresaba a velocidad de vértigo por la pared.

—¡No hay duda, es un as! —reconoció Gastón—. ¿Por qué ha venido?

—Estaba realizando un ciclo de conferencias sobre el tema: «Adrenalina y *free-climbing*», en Briançon —explicó Duboeuf—. En cuanto el guarda avisó a los

servicios de rescate, se unió a nosotros.

—¡Es un gran especialista del rescate en montaña! —expliqué a Pajot.

—¡Enséñeme esos clavos! —pidió bruscamente el comisario, tras conversar en voz baja con Duquel.

—Es que... —comenzó Gastón— pertenecen a la señorita de Colombin, que aún se encuentra en la pared...

A regañadientes, entregó la cinta al comisario.

—¡Oro! —exclamó éste—. ¡Tenía usted razón, Duquel!

Duboeuf los palpó uno por uno, con delicadeza, observándolos minuciosamente. Al cabo de un rato, se volvió hacia Duquel, chasqueado.

—¿Está seguro de que hay algo más?

—Igor habló de ello con palabras encubiertas, ¡aunque sin aportar nada concreto! Es un correoso, no obtendremos nada de él.

Mientras discutían, cogí un clavo y empecé a manipularlo distraídamente, ¡preguntándome qué demonios estaban buscando! Lo dejé caer de manera involuntaria. A su contacto con el suelo, sonó hueco.

—¡Déjeme ver eso! —rugió Duboeuf.

Recogió el clavo, y comparó el ruido con el de otro.

—¡Está hueco, es innegable!

«Otro que no ha inventado la pólvora», me dije.

Manoseó el clavo durante varios minutos, buscando el mecanismo de apertura... ¡si es que había uno! Una idea repentina me hizo extender el brazo.

—¡Pásemelo, un instante!

Cogí el clavo por la cuchilla: manipulándolo, había observado un pequeño agujero que en un principio achaqué a un defecto de fabricación.

—¿Alguien tiene una aguja?

Devissox hurgó en su mochila, sacó un costurero y me tendió una aguja de tricotar (¡regalo de Radegonde!).

—¿No tendrá algo más fino, por casualidad?

Acabó encontrando una aguja de coser. La introduje en el orificio. Se produjo un chasquido: el clavo se abrió en dos dejando escapar un pequeño rollo. Duboeuf lo recogió.

—¡Un microfilme! La suerte estaba con nosotros... Señor, gracias por su colaboración.

¡Ni que yo fuera James Bond! Me disponía a decirle que podía meterse sus agradecimientos donde le cupieran —no acostumbro a colaborar con los polis, ¡pero todo el mundo descuida sus intereses alguna vez!— cuando los rostros de los espectadores se volvieron hacia la pared.

—¡Ya está bajando!

—Ha tardado veinte minutos en subir hasta la repisa —concedió Gastón, ceñudo —: no lo habría hecho mejor.

Roger Deshôtel descendía a toda prisa por la pared; parecía brincar de un bloque a otro con un paquete encordelado colgando de su hombro.

—¡Hop, hop, hop! —decía el eco.

Un cuarto de hora después, dejaba en el suelo al tercer ladrón, cuyos ojos estaban blancos de terror. Colocó un pie sobre su víctima y dio un grito que repercutió en el circo como un trueno. Acto seguido hizo restallar sus articulaciones y realizó algunos ejercicios de estiramiento.

—¡Mi pequeño Roro! —gritó Solange Baladier—. ¡Tan guapo como siempre, granujilla!

Le besó vorazmente, al tiempo que pisaba los pies de Devissoux para ponerse a la altura de los labios.

Carole y Catherine bajaban rapelando.

—Anda, ¿no es ésa la que se rompió los cuernos? —preguntó Solange, con una pizca de amargura y tres pintas de hiel en la voz.

Cuando pusieron pie en tierra, nos abrazamos largamente. Acaricié la melena de Carole.

—¡Todo ha terminado! —dije con suavidad, posando mis labios sobre su comisura.

Duboeuf se presentó a Carole.

—Puede recoger su oro, señorita de Colombin. No se procederá a la incautación, puesto que no ha salido del territorio nacional.

—He comprobado todos los clavos, comisario —intervino Duquel—: los demás son macizos.

—Me llevo éste para examinarlo —dijo Duboeuf, mostrando el mecanismo de apertura a Carole—: se lo restituiré ulteriormente.

Roger Deshôtel, electrizado por el beso de la bella Solange Baladier, salió como una flecha hacia la cara sur y se lanzó al ataque de la vía de los *Savoyards*.

—¡Hop, hop, hop!

—Espérame, mi pequeño Roro...

Solange corrió tras él, pisándole los talones. Se elevaron, más y más alto y, poco a poco, desaparecieron de nuestra vista.

Nunca nadie volvió a verlos.

Duboeuf, Duquel, Devissoux y Pajot subieron al helicóptero, en el que también iban embarcados Igor, su adjunto y los restos del difunto canalla. Pronto, batiendo el aire como un enorme abejorro, el insecto mecánico no fue más que un punto en el cielo.

## XVI

Esa misma noche conducíamos a toda marcha por la autopista, entre Grenoble y Chambéry. Estábamos muy excitados. Carole y Catherine vociferaban canciones capaces de sacar los colores a un monaguillo, ¡aleluya, aleluya!

—¿Qué vas a hacer con tu oro? —pregunté a Carole.

—¡Alimentar mi pereza!

—¡No tienes suficiente pasta, con la herencia de tu padre y el laboratorio! —me extrañé.

—¡Claro que sí!, pero la administraré aún mejor. Además —añadió tras un momento de reflexión—, podríamos montar algo divertido y sin ánimo de lucro para hacer gruñir a los gruñones y sacar a relucir la avaricia de los avariciosos.

—¿Qué, por ejemplo?

—No sé, construir un faro en el Mont Blanc...

—¡O instalar meaderos de oro en el refugio del Goûter! —concluí con ironía.

—Mientras tanto —interrumpió Catherine—, nos vamos de fiesta. Pasó una lengua viciosa sobre sus labios.

En Grenoble, Carole, como buena chica que es, me compró un kilo de cardos al licor. Jamás hubiera podido ofrecermé ese lujo con el subsidio por desempleo que cobro. Mientras conducía, mascaba los cardos, deleitando mi paladar con la voluptuosidad de la Grande Chartreuse, el Izarra o el Cointreau.

«Disfrútalo, amigo mío», me decía una vocecita interior: «esto no va a durar».

Llegamos a los Bossons bien entrada la noche. Estábamos hechos polvo. Los otros tres dormían ya desde hacía un buen rato y no podría decirlos cómo había conseguido conducir hasta el chalet... ¡Los cardos, probablemente!

Al día siguiente, por la mañana, me despertaron brutalmente: alguien acababa de abrir la puerta contra la que dormía; me precipité al suelo.

—¡Huy! ¡Perdón! —se excusó Pajot, que tenía los ojos como platos—. ¿Qué demonios hacéis ahí metidos?

A guisa de «pequeña fiesta» prometida por Catherine, habíamos pasado el resto de la noche en el golf. Con ayuda de Pajot, desperté a los demás.

Media hora más tarde, estábamos todos reunidos en el salón, cuya moqueta había crecido diez centímetros durante nuestra ausencia.

—Hemos estado trabajando toda la noche —comenzó Pajot— el comisario Duboeuf, mi colega Duquel y yo mismo, y estamos en condiciones de avanzar hipótesis pertinentes sobre... el suicidio de Antoine de Colombin.

«¡Tan irritante como siempre con sus tics oratorios!», pensé.

—Hemos examinado los microfilmes y, contra todo pronóstico, Igor accedió a hablar sin necesidad de recurrir a ninguna técnica de persuasión en concreto. Es un

hombre acabado, y él lo sabe: prefirió jugar limpio con nosotros para cubrirse las espaldas. Éste es el resumen del caso: Antoine de Colombin, durante su estancia en los Andes peruanos, descubrió, parece que por casualidad, un laboratorio militar instalado a gran altura por una gran potencia. Consiguió introducirse —¡nadie sabrá jamás cómo!— en su interior y fotografiar unos valiosos documentos; es lo que se desprende de la pequeña nota microfilmada con los planos. Creemos que se trata de investigaciones de material informático con vocación estratégica. Sabremos más del asunto una vez los expertos los hayan estudiado con más detenimiento.

»Su padre era consciente del valor de esos documentos y su intención era restituírselos a la potencia en cuestión a cambio de una generosa suma de dinero. Mientras trataba de contactar con ella, otra gran potencia se enteró del caso e intentó hacerse con los microfilmes. A Antoine de Colombin se le ocurrió jugársela a la competencia y, tras cobrar la suma de una de ellas, se negó a entregarlos. Cometió un error. No era más que un aficionado... Comprendió, demasiado tarde, que las dos potencias se disputarían los microfilmes a su costa y que, finalmente, sería eliminado por una o por otra. Aquí es cuando Igor y su banda entran en escena; Igor consiguió —¡sin duda un caso único en la historia del espionaje!— ser contratado por ambas potencias a la vez en esta misión: cómo lo ha hecho, no nos lo ha querido decir; pero es probable que haya utilizado testaferros. Su intención era, una vez tuviera los documentos en su posesión, retomar el chantaje de Antoine de Colombin. La banda se instaló en Chamonix para vigilar al ingeniero.

—Así que ellos eran con quienes nos cruzábamos continuamente... —murmuró Carole.

—Sí... Pero su padre, gracias a su conocimiento de la alta montaña, consiguió escapar de sus garras en varias ocasiones y poner en marcha el dispositivo de camuflaje que tan hábilmente habéis desentrañado.

«Eso, sigue dándonos coba», murmuré interiormente.

—Como se sentía condenado a corto plazo, decidió desvelarle el secreto, a la vez que dejaba «huellas» en diversos refugios, en caso de que la cita no pudiera llegar a celebrarse. Consiguió escapar unos días de la vigilancia del *gang* y escondió su oro en la Dibona; a su regreso, el 15 de agosto, cogió el teleférico de la aguja del Midi, creyendo que su disfraz le protegería de sus perseguidores: ¡pero era más fácil librarse de Igor en alta montaña que en medio de una muchedumbre de turistas! Antoine había caído en la trampa, se dio cuenta de ello cuando se vio acorralado por la banda, justo cuando ponía un pie a la plataforma; para protegerla, se tiró al vacío.

Ante la evocación del sacrificio paternal, Carole se llevó las manos a la cara y se puso a llorar.

Pajot, incómodo, manoseaba su boina alpina.

—¡El resto ya lo conocéis!...

Dejamos a Carole en los brazos de Catherine, que la consolaba, y partimos con él hacia Chamonix para tomar el aire. Nos encontramos con nuestros colegas en la

Potinière. Eran las cuatro de la tarde cuando regresamos al chalet.

—Qué raro, ¡parece que no hay nadie! —se extrañó Gastón.

El golf ya no estaba y todas las persianas estaban bajadas. Sobre la puerta de entrada colgaba un sobre a nuestra atención: «Para Pierrot y Gastón».

En su interior, había veinte billetes de quinientos francos y una pequeña nota: «Queridos míos, no nos guardéis rencor, nos marchamos las dos para vivir la gran vida. Sabemos que eso no os gustaría; por otra parte, no queríamos entristeceros con desgarradoras despedidas. Mil y un besos CAROLE Y CATHERINE».

—¡Así son los ricos! —comentó Gastón moviendo la cabeza—: o les agujereamos la piel o nos la agujerean a nosotros por complacerlos...

—¡Hombre! Era de esperar... De todas formas, es lo que cobro del paro en tres meses —dije repartiendo el fajo de billetes.

—¡Unas vacaciones retribuidas, vamos!

—¡Y nuestra pequeña fiesta! —dije suspirando...

—¡Los lectores no van a estar muy contentos!

## Epílogo

El verano siguiente, paseaba por Chamonix con Gastón Robidá. Alguien nos llamó a lo lejos.

—¡Eh! ¡Eh! ¡Pierrot! ¡Gastón!

Era Catherine d’Hivervel, sentada en la terraza de un bar, más guapa que nunca.

Nos besó fogosamente.

—¡Qué alegría volver a veros, chatos! —exclamó con un suspiro de ratón atrapado en la boca de una rata.

—¿Sigues practicando la pared-minuto? —pregunté educadamente.

—¿Y tú? ¿Sigues en el paro?

—No, he encontrado trabajo como figurante en una obra de teatro vanguardista; pero, dinos, ¿qué es de Carole?

El rostro de Catherine, pese a que ya tenía color, se oscureció más aún.

—¡Esa zorra! —exclamó.

Acto seguido, se echó a reír a carcajadas, inclinándose sobre su silla y aprovechando para tocarme el muslo.

—¡No adivinaréis nunca con quién se ha ido!

—¡No! ¿Con quién?

—¡Con Pajot!

—¡Pajot! ¡Ese lamentable poli! ¡Ese desecho de comisaría de barrio! ¡Ese superviviente de la circulación!

—¿Bromeas?

—Lamentable como poli, tal vez, pero ha encontrado su vocación...

Metió la mano en su bolso y sacó unos recortes de prensa. En portada de *La Savoie libérée* aparecía el retrato de un Pajot irreconocible: pelo largo, barba, vestido con unos vaqueros ajustados y blandiendo una guitarra eléctrica como si fuera un fusil ametrallador. El titular, en grandes caracteres, anunciaba: «Óscar Pajoz, el renacimiento del rock saboyano, actuará en París mañana domingo...».

—No sabía que formaba parte de la charanga de la Guardia republicana —ironicé.

—¡No lo entendéis! Ha dejado la Policía para formar una orquesta; es el preferido de los jóvenes, ¡incluso da conciertos en el Olympiaz!

—¡Es verdad! Este invierno salió su foto en todos los tabloides: se hablaba de un nuevo Stivell, de un Tri Yann montañero, de un Mathieu Mireille triunfador. No lo había asociado.

No salía de mi asombro. Un chico tan apagado...

—Dejó a su mujer por Carole, de quien está locamente enamorado; ella fue quien le lanzó a la fama y la que produce sus discos.

—¿Cuándo sacan su primer disco de oro? —preguntó Gastón con una pizca de amargura.

Los turistas y los derrochadores deambulaban por la calle, siempre fieles a ellos

mismos. Delante de nosotros, pasó un buen padre de familia en *Pataugas* y pantalones cortos, bastón de hierro, gafas de sol, cámara de fotos y gorro de lana estampillado con las palabras «Recuerdo de Chamonix».



PIERRE LAURENDEAU (Angers, Francia, 1953). Editor y escritor. Ha firmado varias novelas con el seudónimo Pierre Charmoz.

En 1978 funda la editorial Deleatur, un laboratorio experimental y lúdico, y durante 10 años ejerce como corrector. En 1990 pone en marcha la editorial Le Polygraphe.

Especialista en lengua francesa, ha escrito dos obras especializadas en colaboración con *Le Nouvel Observateur*.

# Notas

[1] Colección en la que fue publicada la primera edición de Cima y castigo, en 1982.  
(Nota para los que hubieran desdeñado leer el prólogo). <<

[2] Nivel de dificultad (para iniciados). <<

[3] Literalmente «tapadera». (N. del T.) <<

[4] «Ventosas melenudas», nombre con el que se conocía al grupo de pioneros de la escalada libre en Francia, liderado por Jean-Claude Droyer. (N. del T.) <<

[5] Prestigiosa escuela que forma a los futuros altos cargos de la administración francesa. (N. del T.) <<